

012781

Ramos de violetas

❁ Colección de poesías ❁ ❁

❁ ❁ y artículos espiritistas ❁

de

Amalia Domingo Soler ❁



VOLUMEN CUARTO



IMPRENTA DE CARBONELL Y ESTEVA S. en C.

Rambla de Cataluña, 118.—Barcelona

Algo sin nombre

Algo que llaman destino,
ora suerte o providencia:
árbitras de la existencia
deciden del porvenir.

Y la criatura impelida
por un poder sobrehumano,
camina tras de un arcano
hasta que llega morir.

¡La muerte!... ¡Triste misterio
que ninguno ha comprendido:
inimitable gemido
de incomprensible dolor!

Ese llanto que vertemos
cuando a la tierra llegamos,
¿es quizá porque dejamos
otra existencia mejor?

¿Y nuestro espíritu errante
dejando mundos de gloria
se aprisiona en esta escoria
por suprema voluntad?
Algo deja atrás el hombre
algo encuentra tras la muerte,
de no ser así, su suerte
bien mezquina era en verdad.

Porque lo que es nuestra historia
de crímenes y falsía,
no es obra de gran valía
siendo tan grande su autor.
¿Esto es boceto de un cuadro
es la postrer pincelada?
¿Es la luz de la alborada
el último resplandor?

¡Quién adivinar pudiera
si cuando sueña la mente,
es que ve confusamente
otros planetas lucir,
y nuestra débil memoria
fijamente nos dijera:
si el pasado reverbera
o refleja el porvenir!...

Todas las generaciones
dejan tras de sí memoria;
sus hechos guarda la historia
de los siglos al través.
Pero el cronista no sabe
cuándo un suceso describe,
si es prólogo lo que escribe
si un epílogo es.

Mas nunca faltan ilusos
que con ínfulas de sabios,
profieran frases sus labios
sin sentido ni razón.
Quien dice que la criatura
es un puñado de tierra,
que fluido eléctrico encierra
por rara combinación.

Ora que la raza humana
aumentada y corregida,
debe su germen de vida
al sagaz orangután;
pero quien esto asegura
de su ciencia convencido,
ni sabe por qué ha nacido,
ni cuando acaba su afán.

¡Pobres cabezas sin seso!
Con lamentable locura
pretenden de la Natura
el secreto deducir:
de sus funestos errores
despiertan, cuando el destino
los detiene en su camino
y los obliga a morir.

En esa suprema hora
viendo que todo les falta,
una duda les asalta
y exclaman como Voltaire:
«Cuando la vida se acaba
se necesita una idea,
un fantasma, sea cual sea,
en que podamos creer.»

¡Feliz del espiritista
que admira la Omnipotencia,
y que ve en la providencia
la justicia y la verdad!

¡Oh! ¡Tú, ciencia de ultratumba!
¡Revelación bendecida!
Por ti dejaré esta vida
sin miedo a la eternidad.

Por ti acepto resignada
mi dolor y mi amargura,
por ti la fe me asegura
la paz de mi corazón.
Por ti son dulces mis noches
y breves mis pobres días,
por ti yo tengo alegrías
y espero mi redención.

1876

Un alma buena

28 de Marzo

Hace dos años que tu voz vibrante
porque debía de ser, hirió mi oído,
y al detener mi paso vacilante
latió mi corazón estremecido.

Hace dos años que cruzaba el mundo
cual hoja seca que arrebató el viento;
sin encontrar en mi dolor profundo
un ser que comprendiera mi lamento.

La indiferencia me dejó su tedio
y el ateísmo su sonrisa helada;
para mi enfermedad no había remedio
que en mi fiebre le di, ser a la nada.

¡La nada!... Pensamiento que horroriza
que destruye de Dios el poderío;
reduciendo los mundos a ceniza
el porvenir del hombre es el vacío.

Comprendo del suicidio la locura
cuando el hombre no ve más que este suelo;
desdichado de aquel que en su amargura,
no halla hogar ni en la tierra ni en el cielo!...

¡Oh! ¡qué triste es vivir sin esperanza!
bendigo a Dios que en su piedad suprema,
me hizo arribar al puerto de bonanza,
donde tu descifrabas un problema.

Contabas de Jesús la triste historia,
comentando las santas profecías;
y tu voz fue trayendo a mi memoria,
los grandes hechos de pasados días.

Tú distes luz a mi vital camino,
tú abriste el porvenir a mi mirada:
tú la estrella polar de mi destino,
que de mi mente arrebató la nada.

Pidiendo a Dios que en otras existencias
él te ponga en mitad de mi camino:
y que conserve yo reminiscencia
de que tu aquí salvaste mi destino.

Y así tendrá que ser, que una cadena
forman los seres en su eterna vida;
tu misión en la tierra fue muy buena
y muchos llorarán por tu partida.

Yo no te lloraré, que he comprendido
de Dios la Omnipotencia soberana;
y sé que si una deuda he contraído,
yo tendré que pagártela mañana.

Mañana, sí, cuando la tierra deje,
cuando ante el peso del dolor sucumba;
cuando el ángel del bien que me protege
me presente en el mundo de ultratumba.

Hoy en la tierra por mi mal no puedo
devolverte el tesoro que me has dado,
mas lo recobrarás, no tengas miedo;
que tú serás por Dios recompensado.

Y en tanto que me encuentre en este mundo
de miseria, de luto, y de agonía,
el reconocimiento más profundo,
te liaré vivir en la memoria rala.

1876

La religión de Cristo

La religión de Cristo es dulce cual ninguna;
destello de esperanza refleja inmenso amor:
y el que es de regia estirpe y el que es de humilde cuna,
encuentran en su historia un faro salvador.

Historia sacrosanta que dio la paz al mundo,
que dio iguales derechos al hombre y la mujer,
y que al mortal le ha dado consuelo sin segundo
pues borra de la muerte la nada del no ser.

¡La nada!... Pensamiento que deja en la memoria
helado desencanto y amarga decepción,
¡la nada de la vida! Y más allá la escoria
que arroja la materia... ¡¡¡Qué triste conclusión!!!

Ese algo misterioso que anima nuestra mente
que alienta nuestra vida haciéndonos sentir,
que en humo se deshace, se pierde en el ambiente
y en hueca sepultura se mira el porvenir.

No hay nada tan horrible. ¡Qué dardo hace esta idea!
inexplicable frío conmueve el corazón.
¡Oh! Religión cristiana: ¡bendita siempre sea
tu mágica esperanza de eterna salvación!

Los hombres en su orgullo y en su arrogancia osaron
mudar de tu doctrina su forma celestial,
y para pena eterna castigos inventaron
que mira con espanto el infeliz mortal.

Quizá por ignorancia, (tal vez por egoísmo)
tus máximas benditas quisieron combatir,
y crearon del averno el insondable abismo
donde las almas tienen por siempre que sufrir.

Y al lienzo trasladaron tan torpe pensamiento
y más de un grande artista trazó con su pincel
de inextinguible fuego el infernal tormento,
donde muriendo vive el pecador infiel.

Al Dios de la justicia, al Dios de la esperanza,
al que dictó las leyes de paz y caridad,
le dieron saña fiera, le dieron la venganza
cuando en su amor inmenso salvó a la humanidad.

¿Por qué así destruyeron las leyes celestiales?...
¿Por qué los anatemas?... ¿Por qué la excomuni6n?

¿Por qué fueron creados aquellos tribunales?
¿Por qué atormentó al hombre la santa inquisición?...

Error abominable de iluso oscurantismo
por el que vivió esclava la pobre humanidad,
¡atrás, negros horrores y sórdido egoísmo
atrás vuestra codicia, atrás vuestra impiedad.

Ya es tiempo que las frases del ser Omnipotente
el hombre las descifre con clara lucidez;
Él dijo a los mortales: «amaros mutuamente
y en mi tendréis un padre de vuestro hechos juez.»

«Os pido el sentimiento de fraternal ternura;
que no escachéis en vano la queja del dolor,
vosotros sois mi imagen, vosotros sois mi hechura,
interpretad fielmente mi inextinguible amor.»

«Sembrando en vuestros campos semilla
de justicia recogeréis cosecha de paz y libertad;
que espléndida largueza confunda a la avaricia,
que humille al egoísmo la santa caridad.»

«El faro de la vida os dejo en la conciencia:
es lámpara escondida que alumbra la razón,
palmera que os da sombra durante la existencia
y que después alcanza la eterna salvación.»

¡Oh! Ser omnipotente: ¡qué mal han comprendido
tu gran sabiduría, la esencia de tu ser!
la savia de la vida los mundos te han debido:
el alfa y el omega se encierra en tu poder.

Antecesor, no tienes; predecesor, tampoco,
tus leyes son eternas y eterna tu piedad,
y aunque ha querido el hombre en su delirio loco
trazar líneas que marquen lo que es la eternidad,

un límite a su tiempo, un peso a tu balanza...
asombra tanto absurdo y tanta estupidez.
En un ser infinito no puede haber mudanza:
en un Dios infinito no cabe pequeñez.

La sombra del pasado se pierde en el vacío,
la imagen del presente va en pos de la verdad;
la ciencia solo anhela llegar a ti ¡Dios mío!
¡avanza en tu camino: avanza humanidad!

El cielo del Espiritismo

Un eco entre los ecos confundido
que una pregunta extraña repetía,
tal vez por algo resonó en mi oído;
y despertó mi pobre fantasía.
Preguntaba la voz: —«Si no ha existido
el cielo con su cólica armonía,
ni las eternas sombras del averno;
ni el devorante fuego del infierno;
si sólo visionarias religiones
a ese absurdo prestáronle su egida:
si da el Espiritismo las razones
de la causa suprema de la vida;
si se encuentran en él compensaciones;
si se obtiene la palma merecida:
¿dónde duermen las almas sin anhelo
cuando el Espiritismo niega el cielo?»

Eco perdido que hasta a mí has llegado,
los que en la ciencia de ultratumba vemos
que en relación al hecho consumado
el galardón debido recogernos;
el cielo ciertamente hemos negado:
en la inacción del alma no creemos;
para nosotros es inconcebible,
y la razón no acepta el imposible.

¡Ese cielo de mágicos colores
catarata de luz y de armonías,
vergel divino de inmarchitas llores
donde no acaban los hermosos días;
ese Dios que entre eternos resplandores
vive en unión de santas jerarquías,
ese no hay más allá del fanatismo,
a los pueblos ¿qué ha dado? Oscurantismo.

Oscurantismo, sí; y en su ignorancia,
a Dios le colocaron a su altura:
del Eterno al mortal no hubo distancia,
y el hombre se creyó su misma hechura.
Como aquí el prócer tiene regia estancia,
justo es que Dios tuviera luz más pura;
y como Dios debía de ser anciano,
le retrataron con cabello cano.

¡Ver tanta audacia a la verdad sorprende!
¿Quién es el hombre que hasta Dios alcanza
para decir al que la luz extiende:
«¿Has de poner un dique a la esperanza?»
a la clara razón esto la ofende,
¡limitar el naufragio y la bonanza,
y a su antojo formar la providencia
quien no conoce ni aun de Dios la esencia!

¡Huid errores de pasados días!
Ya vuestro imperio terminó en buena hora,
se inquietan las antiguas profecías
y el hombre a Dios con su razón adora.
Las escuelas de oscuras teologías
no imponen ya su voz dominadora:
hoy el hombre analiza por sí mismo,
y esa ciencia se llama ¡Espiritismo!

Espiritismo, sí; progreso eterno
del trabajo incesante el adelanto,
en la ignorancia vemos el averno,
y en la inmoralidad mares de llanto:
en los vicios las llamas del infierno,
y en la conciencia el misterioso encanto
de una voz que nos habla en esta lucha
(y que no siempre el corazón escucha.)

La conciencia es el cielo en que creemos
¡la conciencia es el cielo en que esperamos!
según las perfecciones que alcancemos
no un cielo, sino mil y mil soñamos:
mas no donde alabanzas entonemos,
que el límite del bien nunca fijamos;
ni se debe fijar: el infinito,
podrá tener un límite prescrito?...

¡Eco perdido que hasta mí has llegado,
en el Espiritismo existe un cielo,
pero no el que las sectas han soñado
sino el trabajo con su noble anhelo,
cada mortal en sí lleva guardado
de su conciencia el trasparente velo:
foco de luz que del Eterno emana;
¡único cielo de la raza humanal

Los ídolos

Le debe el arte al santo paganismo
del gentil cristianismo,
que a su gusto formó la egregia Roma,
riqueza y esplendor imponderable
en magníficos templos,
cuyas altivas torres
parece que en su anhelo
quieren audaces escalar el cielo.
Gigantes catedrales
con sus altas ventanas ojivales
en bóvedas sombrías,
donde el órgano arroja
imponentes y tristes melodías.
Sus naves espaciosas
dan paso a las capillas
donde el arte encerró sus maravillas:
al mármol prestó aliento la escultura,
y al lienzo le dio vida la pintura,
presentando figuras ideales
de vírgenes preciosas,
con negros mantos y con blancas tocas
y ángeles con doradas cabelleras
y leves alas de color de rosa,
cual las que ostenta el alma de las flores
la sencilla y voluble mariposa.
A Cristo lo revisten a su antojo
con túnicas de negro terciopelo,
y de mirra y de incienso al cielo sube
blanca, ligera y ondulante nube.
Todo esto es bello, halaga los sentidos,
la inspiración humana allí se admira:
mas todos sus encantos son perdidos
al entrar en su fondo la mentira.
¡Cuando el alma cristiana considera
que no es esa la senda verdadera!

¿Necesitó Jesús flores y altares
para explicar sus máximas divinas?
bien sabemos que no buscó los mares
y le bastaron valles y colinas:
y encargó a sus discípulos que solo
al gran Ser en espíritu adoraran,
y que fueran del uno al otro polo
y sus eternas leyes publicaran.

Mas no les exigió templos gigantes
con lienzos y grandiosas esculturas,
solo les repitió con voz vibrante:
«Escudriñad las Santas Escrituras»;
esto fue lo que Cristo pidió al hombre,
un amor grande, sin rival, profundo:
y que el santo recuerdo de su nombre
fuera la luz que iluminara, el mundo.

¿Por qué entonces el grave cristianismo
alzó templos y altares
imitando al pasado paganismo?
que a sus dioses y genios tutelares
homenaje rendían
porque el nombre de Dios no conocían?
Aquel que no comprende que la vida
es la esencia de Dios, cuya ternura
limitación no tiene conocida;
debemos perdonarle que en su anhelo
un ídolo levante
y que le rinda culto reverente;
pero el que tiene ilustración bastante
para saber que Cristo fue el Profeta
que a regenerar vino este planeta,
con este sí, que la razón se ofusca
viendo que torpe busca
entre santos y santas
un buen intermediario
para llegar de Dios al santuario.

El culto de los santos
es la amarga irrisión del cristianismo.
Porque es darle derechos
a míseros mortales
que aunque mártires fueron
por la divina fe que a Dios juraron.
Pero estos grandes hombres
¿quién puede asegurar que no pecaron?
justo es que su recuerdo
se guarde de la historia en los anales,
y se imiten sus hechos inmortales.
Mas de esto a concederles
derechos celestiales,
existe tan notable diferencia
como hay desde la duda y la ignorancia
a la verdad innegable de la ciencia.
Tan solamente a Dios pedir debemos,
por qué Él únicamente es el que puede

darnos la apreciación que merecemos.
¡Sólo Él es infalible,
perfección que en el hombre es imposible.

¿Se conoce en la tierra algo más bello
que el sol resplandeciente?
Ciertamente que no; nada le iguala,
por él su aroma exhala
la cándida azucena,
el lirio de los valles
y la violeta de fragancia
¿Pues cuando él fianza en la mitad del día
sus vivos resplandores
le hacen falta quizá dé las estrellas
los pálidos fulgores?
Cuando los mares salen de su centro
y arrancan despiadados
palacios y cabañas,
¿se aumentará su rápida corriente
por qué a su paso arrojen las montañas
sus cristalinas fuentes?
¡¡Qué es una gota en los inmensos mares!
¿qué es un grano de arena
ante esas tumbas que el Egipto encierra?
¡pirámides gigantes
que guardan las grandezas de la tierra!
pues mucho más pequeños todavía,
son ante Dios los mártires y santos,
a quién el hombre rinde idolatría.

Hace va luengos siglos
que los profundos sabios de la Grecia
le dijeron al hombre:
«Para salvarte de un horrible abismo
conócete a ti mismo.»
Los años y las épocas huyeron
y los hombres jamás se conocieron:
mas como la ignorancia
no conoce ni dique ni distancia,
he aquí que los mortales
la doctrina de Cristo analizaron,
en nada su grandeza comprendieron.
Pero atrevidos, sí, la reformaron,
todas las obras que los hombres hacen
en llegando su tiempo prefijado
en humo se deshacen;
por eso el fanatismo
se perderá también en el abismo.

¡Moralidad social! ¿cuándo en tu trono
te sentarás triunfante?
cuándo del hombre cesará el encono?
Cuando la luz del evangelio irradie
por todos los confines de la tierra
y el creyente no busque intermediario
para llegar de Dios al santuario.
¡Década bendecida! avanza en tu carrera!
la humanidad te espera
en su profundo sueño sumergida.
¡Rayo de luz! fulgura... resplandece!
atrás oscurantismo? ...
ya tu poder fenece;
¡feliz el pueblo que a la sombra crece
del justo y verdadero Espiritismo!
Este es el cristianismo:
la ampliación aumentada y corregida,
pues los espiritistas
para adorar a Dios no buscan templos
donde brille el poder de los artistas.

En la cóncava peña,
en el volcán rugiente,
en el ave que canta en la enramada
y en la región glacial, en todas partes
ven a Dios ostentando su belleza.
Para el espiritista no hay más templo
que admirar a la gran naturaleza,
que en ese inmenso libro se halla escrito
el resumen del Todo. ¡El infinito!!

1870

La esclavitud

Con páginas de sangre, escrita está la historia,
que guarda tus anales, mezquina humanidad:
¡qué lucha tan horrible! ¡Qué trágica victoria
obtuvo sobre el débil tu fuerte voluntad!

Tus siglos de barbarie, de locos sacrificios,
tus ídolos, tus dioses, tu impura condición;
tu pompa, tu riqueza, tus crímenes, tus vicios,
pasaron como pasa rugiendo el aquilón.

Necesitaba el mundo un algo sobrehumano
que le prestara aliento para poder vivir,
se desquiciaba el orbe y el hombre era un tirano
que sólo ambicionaba gozar y destruir.

El Ser omnipotente al ver tanta amargura,
al ver tanto infortunio, al fin tuvo piedad,
y nos mandó en un hombre el sol de la ventura
que había de dar al mundo la luz de la verdad.

La muerte ignominiosa del Mártir de Judea
al hombre esclavizado por siempre emancipó,
iguales fueron todos: iguales... ¡¡Santa idea!!
benéfico mandato: ¿Por qué no se cumplió?

¿Por qué así se olvidaron las sacrosantas leyes
destellos de justicia y sólida virtud?
la libertad nos distes; ¡oh tú, rey de los reyes!
y existe todavía, la triste esclavitud.

Aún vaga por la tierra inmensa tribu errante
que solo porque tiene del ébano el color,
no tiene hogar, ni patria, y vive jadeante
llevando en su mirada el sello del dolor.

Para ellos no hay familia, para ellos no hay herencia:
esposos, padres, hijos, afectos, tierno afán,
de todo están privados, de todo en su existencia;
¡abusos execrables!... ¡Ay! ¿Cuándo acabarán?

Humanidad, despierta, despierta de tu sueño:
levántate del polvo con noble exaltación,
recuerda al fin que el hombre tan solo tiene un dueño!
aquel que nos ha dado la eterna salvación.

¡Oh siglo diecinueve! avanza en tu camino
y escribe en tu bandera; «justicia y libertad:»

¿el hombre ser esclavo?... no es ese su destino,
pues solo se lo impuso tiránica impiedad.

Luchemos con denuedo, tengamos energía;
mendigos sin amparo nos piden compasión,
son nuestros hermanos que mueren de agonía,
tengamos sentimiento, tengamos corazón.

Honremos nuestro nombre, que el nombre de cristianos
impone a los mortales deberes que cumplir:
fraternidad y astillo que no sean ecos vanos
y demos al que gime grandioso porvenir.

Ya es tiempo que se cumplan las leyes celestiales
las máximas eternas de amor y de virtud;
la religión de Cristo a todos hizo iguales
y es un borrón sangriento la triste esclavitud.

1876

Evangelio

A mi querido hermano en creencias Sr. D. Eduardo de los Reyes

¿Por qué misterio extraño, cuando un amor profundo
nos presta nueva vida que inflama el corazón,
por recompensa hallamos en este pobre mundo,
afecto compasivo o amarga decepción?

¿Por qué en constante lucha miramos en la tierra
la helada indiferencia y el amoroso afán?
¿por qué siempre sostienen encarnizada guerra
afectos posteriores con otros que se van?

Y cuando por ventura dos almas se adivinan
y logran confundirse formando un solo ser,
y locos, delirantes, frenéticos caminan
libando en su delirio la copa del placer,

¿por qué la muerte airada destruye con premura
la vida de uno de ellos con rapidez fatal?
¿por qué serán tan breves las horas de ventura?
¿por qué es el infortunio, la herencia del mortal?

¡Qué triste es la existencia! Si no hubiera otra vida
sería Dios inclemente formando nuestro ser,
para tan solo darnos dolores sin medida:
le sería grato entonces el vernos padecer.

Crear esto es un absurdo: si Dios nos ha creado
no puede habernos dado completa destrucción,
la nada es imposible nos pueda haber formado;
vivimos... Dios existe; no hay otra deducción.

Puesto que Dios existe, se ve lógicamente
que tras la hueca tumba se extiende el porvenir:
si el hombre es obra suya, es claro y evidente
que tiene otra existencia donde podrá vivir.

El Ser Omnipotente, artista sobrehumano
que dio perfume al lirio, y peces a la mar;
estando el universo trazado por su mano...
su fábrica grandiosa, Él mismo ha de admirar.

Pues vemos los pintores que miran extasiados
las bíblicas figuras que copia su pincel,
y al escultor que adora los mármoles helados
porque les presta aliento su mágico cincel.

Si el hombre (ser pequeño) le rinde a sus creaciones,
tan tierna, tan profunda, tan dulce admiración...
aquel que le de vida a nuestras sensaciones
y que es todo grandeza, y todo perfección,

¿Sería inferior al hombre? Tendría un placer profundo
en ver que nos rendía la fuerza del dolor?
este monstruoso efecto, nos negaría que el mundo
es la obra gigantesca que Dios hizo en su amor.

Y entonces nuestra mente confusa y aturdida,
sin brújula, sin faro, sin leyes que seguir,
bailando insoportable la carga de la vida,
se buscarla en la muerte un término al sufrir.

Y llegaría un momento que el mundo desquiciada
estando carcomido su inmenso pedestal,
en un caos insondable se hubiera transformado
reinando en todo el orbe... silencio sepulcral.

¡Ah!... no; esto es imposible, de Dios la vida emana
la humanidad le debe su ciencia y su poder;
irremisiblemente tenemos un mañana
más grande, más sublime que nuestro triste ayer.

Perdiendo esta esperanza, la vida es un desierto
donde tan solo abrojos encuentra el corazón;
el más allá nos brinda el anhelado puerto
donde el mortal alcanza eterna progresión,

El Evangelio encierra la savia de la vida:
sin él incertidumbre, sin él la oscuridad,
con él hay esperanza, esencia bendecida:
sin él todo es mentira, con él todo es verdad.

Sin él pierde su objeto la dolorosa historia
del generoso mártir que sucumbió en la cruz,
sin él se ve la nada, con él se ve la gloria
sin a reinan las sombras, con él/ brilla la luz.

En él, querido hermano, hallamos esa fuente
que dio al Espiritismo su inmenso manantial,
¡el Código divino del Ser Omnipotente!
sus páginas encierran el bien universal.

¡Bendito el evangelio! ¡bendito siempre sea!
¡historia de los tiempos!; poema del dolor!
¡feliz tú que conoces lo grande de su idea!
¡feliz tú si comprendes que caridad es amor!

¿Qué pasa en mi mente? (1)

Meditación

Algo en mí pasa desconocido:
mi ayer perdido
quiero olvidar;
y nueva vida, nueva impresión,
siento que agita mi corazón.

Seres amigos, a quien yo amaba,
que los miraba
con gran placer,
hoy los contemplo, sin emoción,
y nada dicen a mi razón.

Sobre mi vida de desconsuelo
se extiende un velo;
y el porvenir
ya no me inquieta. ¡Qué transición!
¡qué inexplicable transformación!

¿Cuál es la causa? No la adivino.
En mi camino
nada encontré
que pueda darme la solución,
de mi serena contemplación.

Mas todo efecto de algo proviene,
principio tiene
no hay que dudar;
¿siento consuelo en mi aflicción?
alguien me inspira resignación.

Pero yo miro y a nadie veo
y en mi deseo
y ardiente afán,
siento en mi mente la confusión
de misteriosa fascinación.

Y veo en las sombras de altas montañas
sombras extrañas,
llenas de luz,
que en coro elevan dulce canción
y hay en sus voces tal vibración...

(1) Esta preciosísima poesía tiene el doble mérito de haber sido escrita por su autora antes de conocer el Espiritismo.

Tal consonancia, tal melodía;
una armonía
tan celestial,
que al escucharla, santa emoción
ha despertado mi corazón.

¿Estoy despierta? ¿Estoy soñando delirando?
yo no lo sé;
siento el efecto de una atracción:
alguien me llama a otra región.

Miro la tierra, pero no encuentro
que éste sea el centro
de mi existir.
Quiero alejarme de esta mansión
pues va más lejos mi aspiración.

No; no es la tierra en donde el alma
plácida calma
puede encontrar;
que aquí domina torpe ambición
y de los vicios la corrupción.

En otros mundos y otras esferas,
y otras lumbreras
de eterna luz,
donde los seres sin distinción
los una siempre noble afección...

Es donde el alma puede hallar vida
¡patria querida
que en sueños vi!
tan solo anhelo tu posesión:
tierra bendita de promisión.

Por eso el mundo con sus dolores
y sinsabores,
pasa ante mí...
sin producirme más impresión
que la que causa vaga visión.

Vivo entre el polvo, pero mi mente
constantemente
va más allá,
buscando el sello de perfección
que hay en la tierra de promisión.

La indiferencia

¿Qué deja sobre el mundo vestigio más horrible,
la guerra destructora, la peste, el huracán,
la tempestad que ruga con ímpetu terrible,
el fuego que en la tierra reconcentró el volcán?

De los múltiples vicios que pesan sobre el hombre,
¿cuál tiene más influjo, cuál tiene más poder,
para manchar su historia, para borrar su nombre
del libro de la vida, lanzándolo al no ser?

¿Qué aberración le induce a ser ave sin nido,
a ser proscripto errante sin patria y sin hogar,
a ser un triste ciego que vive confundido,
a ser un pobre mudo que muere sin hablar?

¿Qué causa da ese efecto, que al hombre le arrebatara
el fuego de la vida, la luz de la razón?...
¿qué mano poderosa, tan sin piedad desata
el lazo de la idea, la fe del corazón?

¿Qué filtro envenenado, nos deja en la existencia
el germen de la muerte en misterioso mal?
¿es sombra de otro mundo? ¿Quién es? La indiferencia.
El genio de la nada con su hálito fatal.

El hielo de la vida, la tumba de la gloria,
la que hunde lo presente y niega el porvenir,
la que teniendo en poco el libro de la historia,
desdeña cuanto existe y vive sin vivir.

La que a los pueblos lanza por siempre en el abismo
la que al mortal le ofrece la triste esclavitud;
por que la indiferencia nos da el oscurantismo
que no abomina el vicio, ni admira la virtud.

El ser indiferente se opone a lo creado,
las leyes inmutables nos dicen, avanzad:
por eso todo el hombre que vive estacionado,
revela claramente que es torpe nulidad.

Que Dios al darnos vida, nos dio su propio aliento,
su espíritu divino de inextinguible luz,
¿por qué secar las fuentes del bien y del talento?
¿por qué de negras sombras buscamos el capuz?

¿Por qué somos suicidas? ¿Acaso tiene el hombre
derecho a su existencia? Le pertenece a Dios;

Él nos dio poderío para buscar un nombre,
no para confundirse del desaliento en pós.

Las leyes celestiales debemos comprenderlas,
que el mismo Dios nos dice: leed y escudriñad;
y aquel que indiferente no quiere conocerlas...
comete el homicidio de lesa humanidad.

No basta haber nacido, vivir y morir ciego,
que ciego vive el hombre que imita lo que ve,
sin avivar el foco de inextinguible fuego
que al genio le da vida, aspiración y fe.

¡Atrás! ¡Oh indiferencia! ¡Langosta que en la tierra
destruyes las espigas del arte y del amor!
tú causas más estragos que el fuego de la guerra,
ti niegas al que sufre consuelo en su dolor.

Los siglos que adelantan te arrojan de tu trono,
tu cetro y tu corona los genios romperán,
y las generaciones con implacable encono
tus infecundas huellas del mundo borrarán,

La ciencia que ilumina, la paz y la ventura
alcanzarán la gloria del adelanto en pós;
y entonces verá el hombre el sol de la ventura,
cuando haya comprendido la santa ley de Dios.

Entonces la locura del gran Espiritismo
será la fuerte base del régimen social,
y la ambición y el lucro, y el sórdido egoísmo
serán las hojas secas que arrastre el vendaval.

¡Atrás! ¡oh indiferencia! que el hielo de tu aliento
jamás en ultratumba lo lleguen a sentir,
para que siempre puedan con inspirado acento
decirnos los misterios que guarda el porvenir.

¡Hermanos de ultratumba! decidnos de qué modo
podremos del progreso seguir la rotación:
¿en dónde encontraremos la causa del gran todo?
—En la perseverancia y en la resignación.

1876

La felicidad (1)

¡Oh! ¿Cuánto tiempo que no te veo?...
es mi deseo
volvete a ver:
¿por qué te ocultas?... ¿En dónde estás?...
¿es mi destino no verte más?...

En los palacios y en las cabañas,
y en las montañas
tu sombra vi,
en mi delirio, yo te llamé,
y el eco dijo: ¡Se fue... se fue?...

Seguí anhelante, pedí a mi estrella
hallar tu huella,
pero... ¡oh dolor!
cuando me hallaba cerca de ti
me decía el eco: ¡huyó de aquí!

Crucé los mares, vi otras riberas;
de las palmeras
la sombra hallé,
y a tiernas aves las vi anidar
entre las ramas del azahar.

Bella es la tierra que en sus senderos
los limoneros
sus frutos dan;
tienen sus noches sueños de amor,
tienen sus astros más resplandor.

En aquel sitio de verdes lomas,
donde hay palomas,
flores y luz...
entre sus bosques, yo te busqué;
pero fue en vano: no te encontré.

Dejé con pena mis soledades;
grandes ciudades
volví a cruzar;
mi voz doliente por ti clamó,
más siempre el eco repite ¡huyo!...

1) Esta bellísima poesía fue escrita por su autora antes de ser espiritista.

Pero una sombra hacia mi viene,
y se detiene;
¡¡siento pavor...!!

mi mano estrecha, diciendo así:
—Tras de un misterio siempre te vi.

- ¿Qué es lo que buscas con tanto empeño?
¿por qué tu sueño
turbado esta?
¿Porque tu acento llega hasta Dios?
¿De qué imposible corres en pos?

De mí no temas, soy tu consuelo;
soy el que velo
por tu existir...
¿qué es lo que buscas en tu orfandad? ...
—Eso que llaman felicidad...

—¿Por eso ruegas con tanto empeño,
y de tu sueño
la paz huyó?
—Tras de ese anhelo siempre viví
¡bello fantasma que en sueños vi!

—¿Cómo has de verle si tu ignorancia
fijó distancia
que no existió?
si eso que llamas dicha ideal
duerme en tus brazos, ¡pobre mortal!

Pues cuando naces, nace contigo,
vive a tu abrigo
y a tu calor,
¡y en tanto buscas con frenesí
a la que vive dentro de ti!

Si te contentas con lo que tienes
preciados bienes
siempre tendrás;
pero si abrigas torpe ambición
se hará pedazos tu corazón.

Fija en la tierra tu débil planta,
pero levanta
tu vista a Dios;
por este mundo... tan solo ves
ceniza y polvo que hollan tus pies.

En cambio el alma que a Dios se eleva
la vida lleva
dentro de sí;
porque la tierra dar perdición
y el cielo otorga la salvación.

De esas dos sendas sigue el camino
que al Ser divino
te llevará,
y si en Él cifras toda tu fe,
dirás mañana: la dicha hallé.

Y en los palacios y en las cabañas,
y en las montañas
encontrarás...
no de las sombras negro capuz,
si no torrentes de eterna luz.

Fuego sagrado que nunca quema,
piedad suprema
foco de amor,
donde se encuentra la realidad
de eso que llaman... felicidad.

1876

La voz del Espiritismo

Hay un periodo en la vida
que se llama edad madura,
sinónimo de amargura,
edad de intenso dolor;
otoño de la existencia
que entre llantos y congojas,
se pierden cual secas hojas,
nuestros ensueños de amor.

La realidad de la vida
nos presenta su esqueleto,
mostrándonos el secreto
del desengaño fatal;
y al comprender el arcano
que guarda el mundo en su seno,
nos asfixia el negro cieno
de su impuro lodazal.

Yo he llegado a ese momento
que el corazón se hace trizas,
que se reduce a cenizas
el fantasma del edén.
Yo voy cruzando la tierra
como errante peregrino
sin hallar en mi camino
donde reclinar mi sien...

Cuando en la tierra perdemos
a nuestros padres y amigos,
indiferentes testigos
contemplan nuestro dolor;
que un alma sufra en su anhelo
un pesar grande y profundo,
eso ¿qué le importa al mundo?
nadie escucha su clamor.

Esa es la ley de la vida
basada en la indiferencia,
y la ingratitud es la esencia
que siempre aspira el mortal;
esto es triste, pero es cierto,
ésta es la verdad desnuda,
no queda ninguna duda
que en el mundo impera el mal.

El dolor es el legado
que a la gran familia humana
le dejó la soberana
voluntad del Hacedor.
Tomé la parte de herencia
que a mí me correspondía,
y lenta melancolía
dejó mi faz sin color.

Todo me fue indiferente;
viví sin goces ni enojos,
todo murió ante mis ojos,
todo murió hasta la fe;
y en mi sueño aletargada
iba pasando la vida,
hasta la hora bendecida
en que una vez escuché.

¡Una voz pura y bendita!
de indefinible consuelo,
eco que tomó en el cielo
dulcísima vibración;
¡sonido tan penetrante
de tan mágica armonía,
de tan lema melodía
que da vida al corazón!...

Voz que nos cuenta la historia
de esa grandiosa epopeya,
que dejó tan honda huella
que jamás se borrará.
Voz que nos dice «El Eterno
da horas de paz y contento
al que del pobre el acento
no lo desoye jamás.»

Bendita por siempre sea
la voz que consuelo augura,
blanca fuente de agua pura
que dice al triste: «bebed,
yo soy palmera gigante
que presta su sombra al mundo,
soy el manantial fecundo
que calma su ardiente sed.

Soy montaña de granito
que nunca el tiempo derrumba,
bóveda donde retumba
el lamento universal;

soy atleta que a los siglos
vence en titánica lucha;
soy la fe que siempre escucha
la plegaria del mortal.»

Esto nos dice su acento,
esto pronuncian sus labios,
y se olvidan los agravios
murmurando una oración.
Hoy tengo fe y mi plegaria
elevo al Omnipotente,
pidiéndole ardientemente
tenga de mí compasión.

1876

Gemidos y Plegadas

Las promesas del mundo son vanas,
humo leve su gloria y placer,
olvidemos sus pompas livianas
y pensemos que Dios solo es fiel.

El amor de la tierra se pierde,
la amistad es mezquino interés,
¡oh mortal! Que tu mente recuerde
siempre, siempre, que Dios solo es fiel.

Solo en Dios la piedad es infinita,
solo en Dios hay verdad, solo en Él,
su palabra sublime es bendita,
alabemos a Dios siempre fiel.

Adoremos su ciencia suprema,
acatemos su inmenso poder,
y ese amor que consume y no quema
tributemos a Dios porque es fiel.

Las pobres flores del campo
sin el rocío perecen;
se agostan y languidecen
perdiendo aroma y color.
Del mismo modo los hombres
sucumben en su agonía
cuando tentación impía
los aparta del Señor.

Dios es la savia y la vida,
el consuelo y la esperanza;
por su mediación se alcanza
vivir en mundo mejor.
Él es el puerto y el faro,
la estrella brillante y pura;
y es inmensa su ternura
para el pobre pecador.

Venid, venid, pecadores,
venid, venid, tristes ciegos,
venid y alzad vuestros ruegos
al poderoso Hacedor.

Venid, que el tiempo se acaba,
mirad que pasa la vida,
y solo Dios nos convida
darnos su eterno amor.

¿Será tarde?

¡Cuánto tiempo he consumido
de ese mundo en los placeres!
sin comprender que tú eres
el faro de salvación.

¡Cuántas horas he perdido
entre el temor y la duda!
Queriendo hallar sin tu ayuda
la tierra de promisión.

¡Oh cuánto en mi locura te ofendí!
¡Misericordia ten, Señor, de mí!

¡Piedad, Señor! Yo te imploro
con el alma dolorida,
en la mitad de mi vida
yo vengo a buscar tu amor.
Enjuga mi amargo lloro,
tiéndeme, Señor, tu mano,
que a ti nunca llega en vano
el infeliz pecador.

¡Oh cuánto en mi locura te ofendí!
¡Misericordia ten, Señor, de mí!

Un pecador que a ti llega
conociendo que ha pecado;
que tu poder ha olvidado
del mundo en la confusión.
Y que hoy humilde te ruega
de esta tierra en los abrojos,
que fijes en él tus ojos
y le tengas compasión.

¡Oh cuánto en mi locura te ofendí!
¡Misericordia ten, Señor, de mí!

Si no se gana no se obtiene

—¿La libertad? Cremutio Cordo te desconozco. La libertad se conquista y no se pide. La libertad se gana trabajando y no tendiendo el cuello al vencedor, ni arrastrando las rodillas por el suelo. Ni tú puedas pedir la libertad ni yo decretarla. Ese bien supremo no será nunca un regalo de los poderosos, sino una conquista de los ciudadanos. Si no se gana no se obtiene.

Cremutio Cordo se cubrió el rostro con ambas manos avergonzado de sí mismo, y asintiendo por primera vez en su vida a las palabras de Augusto.

Emilio Castelar

La civilización, sin duda alguna, es la madre de la libertad, y por esto, no hemos dudado en poner como texto de nuestras reflexiones, algunas palabras de Augusto, porque ellas son la esencia de nuestros comentarios.

Hay una frase sacramental que se pronuncia en todas las esferas sociales.

Los nobles en sus palacios.

Los sacerdotes en sus templos.

Los grandes banqueros mirando los libros de caja y las letras de cambio.

Los hombres políticos en el Congreso y en el Senado.

Los obreros en sus talleres, todos a una dicen esto está perdido, y es que todas las clases presienten un cataclismo social, haciéndoseles más sensible la parte a que están más ligados según sus ideas políticas y religiosas.

Los espiritistas, siguiendo la corriente general, decimos también esto está perdido, y reflexionando algún tanto, no podemos menos que recordar un cantar popular que dice así:

No te vengas con cuentos
ni con dijimos,
no digas, me perdieron;
di... nos perdimos.

Repitamos, cambiando las frases, el intencionado cantar; no digamos esto está perdido, sino nosotros nos vamos perdiendo; nosotros vamos cavando nuestra sepultura, y como a cada cual nos interesa un punto determinado, a los que nos llamamos espiritistas naturalmente nos fijamos en el Espiritismo, tan ridiculizado y escarnecido por nuestros mismos adeptos, por sus necias prácticas, por su manía de observar fenómenos, y su plan de vida poco conforme con la sana y estricta moral.

La civilización es la emancipación de los pueblos, y el Espiritismo es la nivelación de las clases sociales, es la verdadera redención del hombre, es la regeneración universal.

Nuestro querido hermano Amilcar Roncarí describe el Espiritismo de una manera tan perfecta, que no dudamos en copiar algunos párrafos del discurso que leyó en México, el 12 de agosto del año próximo pasado, y que comenzamos a transcribir íntegro en nuestra Revista. Dice así:

«No hay milagros. El milagro en ningún caso puede existir, ni es compatible con la perfección divina que, habiéndolo previsto todo, lo ha hecho perfecto desde un principio. El suponer que los espíritus crean en milagros, es una ofensa inmerecida que se hace a la elevación de su doctrina. Los espiritistas creen como Séneca, que Dios mandó una sola vez y después se obedeció a sí mismo. El espiritista se inclina ante Dios como causa de las causas, como origen de las leyes invariables que rigen Física y moralmente el universo, como el ideal más sublime de una perfección indefinida. El espiritista elevando hacia el infinito su mente por la contemplación del Creador, admira en el orden tan perfecto de su mecanismo la grandeza de Dios, y cree que el mejor modo de adorarlo, es uniformar su conducta a los principios austeros de la moralidad y del deber, procurando no hacer nunca cosa que sea desaprobada por la voz interna de su conciencia, y ocasione mal a sus semejantes. Esta es su religión: su templo es el universo: su altar la razón: su sacerdote él mismo: su culto la humanidad: sus dogmas el amor a sus semejantes, la caridad sin límites, la tolerancia absoluta de todas las opiniones, la compasión para la perversidad del sentido moral, la instrucción y la persuasión como medios de conversión y correctivos. El espiritista cree en la individualidad y en la perfectibilidad del espíritu; cree en la perfección como objeto de la actividad humana, cree en la pluralidad de las existencias y de las encarnaciones como medio indispensable para conseguirla. Como efecto de estas creencias, arregla su conducta a los principios universales de justicia y de verdad absolutas; reclama la enseñanza y la ilustración para todos; cultiva el estudio de todas las ciencias, sin distinción; favorece el progreso, aplaude a todas las mejoras de la organización social en sus adelantos; combate el absolutismo bajo cualquier forma que se presente, sea en el trono, sea en el templo, sea en la universidad; en fin, el Espiritismo ocupa la vanguardia en la marcha ascendente hacia la perfección de la gran familia humana. El Espiritismo no admite que las malas o buenas acciones sean castigadas o premiadas, por medios materiales y en lugares determinados. En el orden de las leyes morales, el goce es el fruto natural del bien, el sufrimiento es el resultado del mal, el premio o el castigo lo lleva el espíritu en sí mismo en las condiciones de su existencia. Como estas condiciones varían en la sucesión de las distintas existencias, el que ha sido príncipe en una, puede ser pordiosero en otra; así es que el Espiritismo, dirigido por el principio de igualdad, respeta al poderoso sin temor y sin envidia, compadece al desvalido, alivia sus penas si lo puede, y de ningún modo lo desprecia ni le causa vejación. El espiritista, que por sus sucesivas encarnaciones no tiene patria, ni familia determinada, es naturalmente cosmopolita y humanitario. El espiritista considera los padecimientos de las existencias como una expiación; los favores de la fortuna como una prueba, y por tanto, no se exaspera ni se acobarda en la desgracia; no se enorgullece ni propende al abuso en la prosperidad. Por último, el espiritista toma por única guía de sus estudios para el descubrimiento de la verdad, como único criterio de sus creencias, la razón severa, y desecha de su doctrina todo lo que se encuentre en contradicción con los preceptos verdaderos y los axiomas sancionados por la ciencia. He aquí muy en extracto un

compendio de las creencias principales de los espiritistas en la parte abstracta, como doctrina filosófica y moral.»

Después de lo que antecede, preguntamos nosotros: ¿Somos los espiritistas copias exactas del original delineado por nuestro hermano Roncari?... No; si entre cien espiritistas se encuentra una copia parecida, nos podremos dar por muy contentos; y cuando en alguna localidad, un hombre descuella por su honradez, por su rectitud, por sus profundos conocimientos, por su amor a la doctrina espirita, cuando aquel hombre, por sus condiciones especiales, se convierte en mentor de los demás, ¿se le escucha? ¿se le atiende? ¿se le considera y se le respeta? No; el maquiavelismo de la inferioridad pone en juego sus mezquinos ardidés y todos corren a la desbandada para ir... a ninguna parte, como decía Jorge Sand, hablando de ciertas mujeres que caminan a la ventura del acaso.

Grave falta cometen los que sin haber mirado, dicen no quiero ver la luz; pero son mucho más dignos de censura los que han visto la claridad del día, y prefieren caminar con las sombras de la noche, sin respetar a nada ni a nadie.

Puesto que los espiritistas sabemos que solo progresando llegaremos a ser grandes, puesto que reconocemos que los Césares de ayer, son los mendigos de hoy, porque las púrpuras imperiales son pobres harapos que pierden toda su belleza en el dintel de la eternidad, ¿por qué no hemos de reconocer la superioridad del talento, la autoridad de la experiencia? ¿Por qué no hemos de aceptar el consejo del sabio, y hemos de preferir la burla del necio? ¿Por qué no hemos de seguir la vida rudimentaria del hombre primitivo, cuando tenemos guías que nos hablan y nos alientan, y nos conducen por el camino del bien? ¿Por qué no hemos de reconocer nuestra inferioridad y aceptamos un plan de estudios? ¿No hay universidades para estudiar las ciencias? ¿No sirven de texto las obras fundamentales de grandes ingenios y sobre ellas se van comentando y analizando, todos los descubrimientos y conocimientos humanos?

Pues por qué los espiritistas que tenemos las obras filosóficas de Allan Kardec, no hemos de seguir su plan de estudios morales y científicos, y comprendiendo la útil enseñanza que dichos libros encierran llegaremos a reconocer la ciencia y la virtud, en donde quiera que esté y no haremos las locuras que hacemos ahora, que convirtiéndonos todos en profetas, y en médiums inspirados, cometemos un desacierto por cada segundo.

Charlamos de Espiritismo en los cafés y hacemos fenómenos en los centros familiares, (y en los que no lo son) que causan la risa y la befa de cuantos tienen conocimiento de ellos; y llega un día que cansados, aturdidos, agobiados y enloquecidos por nuestra ignorancia, perdidos en el caos de mil elucubraciones, decimos: ¡Bah! ¡bah! esto está perdido; y sin embargo, el ideal es el mismo: el Espiritismo ni sube, ni baja, como la bolsa: estudiemos con criterio, practiquemos sin fanatismo las instrucciones que nos da y siempre lo encontraremos grande y sublime; síntesis de la justicia, y símbolo del consuelo!

Si no se gana no se obtiene, decía Augusto; esto decimos nosotros: el bien del Espiritismo si no lo ganamos no lo obtendremos, y bien merece ganarse; porque hasta ahora, no se conoce ninguna escuela filosófica más razonable, más profunda ni más consoladora. No nos exige más que amor y caridad, estudio y ciencia. ¿Hay nada más

hermoso que amar? ¿Hay algo que más nos engrandezca que el saber? No; pues entonces ¿qué nos detiene? Nuestro necio orgullo, que hace que nunca queramos reconocer en otros, las buenas cualidades de que nosotros carecemos.

Depongamos nuestra estúpida vanidad; resignémonos con nuestra pequeñez de hoy, y así conseguiremos ser grandes mañana. No nos convirtamos todos en propagandistas, contentémonos con ser oyentes, y si sabemos oír, ya hemos conseguido bastante.

Reconozcamos la superioridad moral e intelectual que tienen algunos seres, y como en el Espiritismo no hay privilegios y aquel que vale es porque se lo ha ganado con su trabajo, y trabajo es el patrimonio eterno de la humanidad, trabajemos con fe para llegar a la meta deseada, que querer es poder.

Esto no está perdido, como se dice vulgarmente, nuestro siglo va cumpliendo muy bien su cometido; y la herencia de sus antecesores la sabe distribuir con acierto porque, que una u otra nación se estacione por más o menos tiempo, no se detiene por esto el adelanto universal.

El año 77 del siglo de la luz, nos ha tendido sus brazos; ¡espiritistas! refugiémonos en ellos: que ancho campo tenemos para la investigación política, religiosa y científica. Estudiemos, comparemos y analicemos, y estemos bien convencidos que si estudiamos con buen deseo, si comparamos sin pasión, y analizamos con verdadera imparcialidad, no diremos que el Espiritismo está perdido sino que el Espiritismo no ha dado aún, en la tierra, más que los primeros pasos que da un niño vacilante cuando empieza a posar su planta.

El Espiritismo como efecto de una ley suprema, invariable en su eterna inmutabilidad, ni crece ni mengua, siempre está lo mismo. La persona que cumple con sus deberes, y que hace cuánto le es posible, por adelantar en su progreso, cuando deja su envoltura material, se encuentra mucho mejor que en la tierra, (sin que por esto se convierta en ángel) que no son las virtudes terrenales dignas de semejante galardón; en cambio el ser que se entrega a todos los vicios, y que no se fija en nada bueno, cuando deja su cuerpo sufre horriblemente, porque se encuentra con una supervivencia que no esperaba: su agonía se prolonga, su estupor crece, su asombro aumenta, porque se ve que vive, y que está solo, y la soledad de ultratumba es horrible.

Ahora bien, sentados estos dos principios eternos, justos e inviolables, ¿se podrán derribar de su invencible base? no, ¡mil veces no! el bien será siempre el bien, y el mal, será siempre el mal: ni el primero producirá llanto, ni del segundo brotará la risa.

¡Espiritistas! nuestra doctrina grande y sencilla a la vez, comprensible para todas las inteligencias; puede ilustrarnos, mejorarnos y engrandecernos, y en lugar de proferir inútiles lamentaciones, haga cada cual un esfuerzo supremo sobre sí mismo, y en breve plazo encontrará la recompensa de su trabajo, resignándose con sus penas, y consolando y sintiendo las de los demás; de este modo, vivirá tranquilo con su conciencia, que es todo lo que debemos ambicionar en la tierra.

La tranquilidad del alma, es la única felicidad que podemos gozar en este planeta. No olvidemos nunca ¡oh! espiritistas, las palabras de Augusto: Si no se gana no se obtiene.

Confidencias

¿No es verdad que hay momentos en la vida en que nos abrumba el peso de los recuerdos? ¿No es verdad que si no dijéramos lo que sentimos, nos asfixiarían nuestros pensamientos?

¡Oh! sí, sí; hay horas en la existencia que nos es necesario transmitir nuestras ideas, cuando en la cabeza germinan confundidas las reminiscencias, las realidades y las esperanzas, nuestro cuerpo decae, y nos pasaría lo que le sucede al pájaro, que entre oxígeno muere loco de alegría: esto nos acontecería a nosotros si no pudiéramos decir (aunque imperfectamente) nuestras impresiones y nuestros recuerdos, renovando el aire de nuestra memoria.

A veces una palabra levanta en nuestra mente mil y mil velos, y contemplamos un horizonte tan dilatado, que no le pueden abarcar nuestras miradas. Desde que somos espiritistas, repetidas veces nos dicen: cuéntenos Ud. que es Espiritismo.

¿Cómo se presentan los espíritus?

¿Se les siente?

¿Se les oye?

¿Se les ve claramente?

¿Son bonitos o feos?

¿Cómo ha podido Ud. hacerse espiritista?

Nosotros hemos contestado lo mejor que hemos podido a semejantes preguntas; pero como los hechos hablan mucho más alto que todos los argumentos filosóficos, no siempre hemos podido llevar el convencimiento a la mente de nuestro interlocutor, si no nos ha sido dable presentarle una prueba que patentizara nuestras afirmaciones.

Un alma cándida y buena, pero débil y dualista, impresionable y sensible, cuanto lo puede ser un espíritu en la tierra, cumpliéndose en esta criatura, lo que dice Balzac, «que los seres sensibles son por lo regular poco sensatos,» nos preguntaba de continuo:

Pero ¿es cierto que el espíritu no muere? ¿Es verdad que se prolonga la vida llegando a eternizarse? ¿Encuentra uno allá los seres que perdió aquí? ¿O todo eso no es más que una ilusión que se forja la mente calenturienta?

Nosotros, que se conoce que no descendemos en línea recta de Pericles ni de Demóstenes, que fueron los dos oradores más elocuentes que tuvo Atenas, no sabemos qué contestar a tan multiplicadas preguntas.

Dice un diplomático moderno, que la palabra ha sido concedida al hombre para disfrazar su pensamiento. ¿Y qué sería el hombre sin la palabra, sin ese efluvio divino, sin ese torrente de ideas volatilizadas?... la palabra es la música del pensamiento. ¡Feliz de aquel que con su acento se apodera de las multitudes y las hace sentir!

Nosotros somos aún más desgraciados que Esopo, pues aquel consiguió, poniéndose piedrecitas dentro de la boca, corregir el defecto orgánico de su tartamudez y convenció con su oratoria; en cambio nosotros nunca podremos llevar al terreno del convencimiento a nuestro auditorio, si no encontramos hechos que citar, y no presentamos pruebas a la vista.

En las grandes capitales, donde se tocan los extremos, un alma pensadora puede aprender mucho y filosofar con más ventaja que en la soledad.

Nosotros al alma dualista (de quien ya hemos hecho referencia), le hicimos aceptar el Espiritismo y creer en la verdad suprema, presentándole dos cuadros que la providencia puso en nuestro camino. Aquel espíritu débil y enfermo nos interrogaba como de costumbre, diciéndonos en qué veíamos la certidumbre de la vida futura.

El lugar en que celebrábamos nuestra conferencia no era al parecer el más a propósito, pues íbamos cruzando las calles más céntricas de Madrid y nuestro diálogo era interrumpido más de una vez por la multitud que pasaba en todas direcciones.

Llegamos a la calle de Carretas y cerca del Correo vimos un grupo de gente, y oímos al pasar una vocecita infantil, que cantaba una copla de las populares malagueñas.

Nuestro compañero se detuvo, y nosotros también: al escuchar aquel canto lánguido y triste nos miramos y nos comprendimos: quisimos ver al trovador callejero y nos abrimos paso entre el círculo de curiosos, hasta colocarnos en primera fila.

Sentado junto a la pared, dentro de un diminuto cajón de madera ennegrecida, estaba un niño que no mediría tres palmos de altura: sus pies, de un tamaño microscópico y sus piernas ídem, estaban dobladas por la parálisis sin que un triste trapo los cubriera, aunque estábamos en pleno invierno.

Una chaqueta de color gris cubría su espalda dejando descubierto su pecho; un sombrero (que fue negro) de anchas alas cubría su cabeza, de la que pendían abundantes cabellos rubios y lacios; en su carita pálida y demacrada, brillaban dos ojitos azules vivos y picarescos; de su cuello pendía un cordón grueso de lana azul que sostenía dos objetos: una tablita donde estaba escrito el resumen de la historia del niño mendigo, y una guitarra que tendría media vara de largo, de la cual el niño arrancaba débiles y apagados sonidos, por los que recibía alguna moneda de cobre que almas compasivas dejaban al reparar en él, por medio del ruido que producía, pues sino, no era fácil fijarse en aquel pequeño bulto que a muy corta distancia parecía un montoncillo de harapos sin dejarse adivinar que allí había un alma que sentía, que allí había un espíritu que llegaría un día en que, como la mariposa, tendería sus alas perdiéndose en el infinito.

Nos sentimos impresionados penosamente mirando aquel triste cuadro, sacándonos de nuestra abstracción una fuerte sacudida que sentimos a nuestra espalda: nos volvimos, y dejamos paso franco a un muchacho vestido con una gran librea, que denotaba ser el lacayo de una casa opulenta; llevaba de la mano a una niña que parecía contar ocho estíos.

¡Blanca!

¡Rubia!

¡Gentil y hechicera!

Un ancho ropón de terciopelo negro orlado de pieles blancas, la envolvía por completo; un sombrero de castor blanco, del cual pendía una larga pluma de color violeta, adornaba su cabeza y un manguito de cisne le servía de útil juguete.

En cuanto la niña vio al pequeño cantor, en dos saltos se puso a su lado, inclinándose y poniéndose en cuclillas para mirarle y oírle mejor.

¡Qué contraste formaban aquellas dos criaturas!

¡La una tan bonita! tan llena de vida... ¡reflejando la felicidad en todo su ser, ostentando el lujo con toda su espléndida belleza!

¡El otro tan raquítico!

¡Tan enfermo!

¡Tan pobre!... cubierto de harapos, viviendo a la intemperie... sirviendo de mofa a unos, de lástima a otros. ¡Y sin embargo los dos eran hijos de Dios!...

El niño cesó de cantar, y se quedó embelesado mirando a la niña que le contemplaba sonriendo dulcemente, y le daba golpecitos en el hombro con su blanca mano, diciéndole con cariño:

—¡Pobrecito mío! ¡qué pequeñito eres! ¿cuántos años tienes?

El mendigo pareció no entenderla y siguió mirándola sin responder, pero si alargando tímidamente su manita amoratada por el frío, queriendo coger el blanco manguito de su bella interlocutora: ésta lo comprendió y se lo dejó sobre la guitarra: el niño la miró asombrado; se conoce que el infeliz no estaba acostumbrado a tanta amabilidad; pero alentado por la compasiva y cariñosa niña, se atrevió a coger el manguito riéndose alegremente y dándole vueltas entre sus manos.

—Se coge así, tonto, le dijo ella, y colocó las manos del niño dentro del manguito.

¡Qué cuadro para copiarlo un buen pintor!

¡Qué expresión la de aquellas dos fisonomías!

En la de la niña se retrataba la compasión risueña de la primera edad, que es todo lo que un niño puede sentir.

El semblante del pequeño pordiosero revelaba el asombro, que es la única demostración que pueden hacer de su gratitud los infantiles desheredados de la tierra.

—¿Cómo te llamas? le preguntó ella.

—Mamé, contestó él, moviendo graciosamente la cabeza.

—¿Dónde vives?

—Allá abajo.

—¿Dónde es allá abajo?

—Aquí lo dice tó, dijo el niño con impaciencia señalando a la tablilla que descansaba sobre sus rodillas.

La niña leyó en alta voz: Manuel Gay, sin madre, que la perdió al venir a este mundo, y sin padre que quedó baldado a los tres meses de nacer, tiene 10 años, vive en el barrio del Sur.

—¡Pobrecito! exclamó la niña ¡no tienes quién te quiera! y con la mayor ternura le, dio un beso. ¡Quizá el primero que aquel infeliz recibió en su vida y tal vez el último: se levantó y sacando un portamonedas de su limosnero, le dio dos pesetas al niño, que le tiraba del vestido y le decía:

—No te vayas, quédate aquí.

—Ahora me voy, pero luego volveré otra vez. ¡Adiós, pobrecito Manuel! ¡adiós!... y se alejó lentamente volviendo la cabeza y agitando su manguito en señal de despedida.

Nuestro compañero dejó caer algunas monedas en el cajón de aquel infortunado, y seguimos nuestro camino, él pensativo y nosotros preocupados; al fin rompió el silencio diciendo:

—¿Sabe Ud. que ese chiquillo me da en qué pensar? ¡pobre criatura! ¿Cómo Dios que es tan bueno puede permitir que ese ser sufra tanto? ¡Y luego al morir sabe Dios a donde ira! ¡y en cambio aquella niña tan hermosa! ¡tan feliz! ¡y al parecer tan rica! ¡Oh! estas diferencias sociales me hacen dudar de todo, de todo en absoluto.

—¿Duda Ud. también de la existencia de Dios?

—No, Amalia, eso no; creo que Dios existe, es preciso creerlo, porque alguien ha hecho la Naturaleza, y el orden que rige en la creación no es obra del acaso; pero el destino del hombre después de su muerte es lo que a mí me preocupa, mucho más cuando veo en unos tanto y en otros tan poco.

Tome Ud. mi consejo, lea las obras espiritistas, ya que no le basta su propio criterio, y vera resuelto el problema sencillamente.

Dios no puede ser injusto; en la tierra hay muchos seres desgraciados que durante su permanencia en el mundo, no han tenido un consuelo a su dolor; y mueren en un hospital los que a veces nacieron en él; en tanto que otros nacen entre olas de encajes, y mueren entre nubes de púrpura y armiño.

—¿Cree Ud. que Dios pueda tener semejantes preferencias? No; ¡Dios todo amor y misericordia, no puede tener para unos lechos de flores, y para otros el banquillo de los acusados y el potro del tormento!

El espíritu, cuando se ve libre de sus primitivas vestiduras, cuando acepta la toga llamada hombre, cuando sabe por qué causa siente, piensa y quiere, entonces emprende la interminable jornada de la vida eterna, y libre en su albedrío, tiene voluntad propia para caminar aprisa o despacio, y he aquí las diferencias de las posiciones sociales que notamos en la tierra. A cada cual según sus obras: los desheredados de la tierra verdaderamente son dignos de compasión, no porque sea su dolor eterno, no, mil y mil veces no, sino porque no han querido ser mejores, porque han preferido el egoísmo

personal, porque no han trabajado más que para la efímera materia sin cuidarse del espíritu, porque así como los malos estudiantes pierden muchos años de carrera, por no consagrarse al estudio, del mismo modo el hombre pierde muchas existencias por no consagrarse al estudio del verdadero progreso.

Todos los hombres tienen el mismo capital, llamado tiempo: unos lo pierden y otros lo ganan. En la bolsa de la eternidad solo se cotizan a gran precio los valores amor y caridad, ciencia y humildad.

Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando una larga fila de carruajes nos obstruyó el paso: se fueron parando delante de la iglesia de San Sebastián por el lado de la calle de las Huertas, y fueron bajando de ellos elegantes damas y apuestos caballeros, que se situaron en el patio que precede al templo, hasta que bajó de una lujosa carretela una hermosa joven vestida con el simbólico traje de las desposadas, la cual se apoyó ligeramente en el brazo de un anciano que la acompañaba, y se dirigió a la casa del Señor, seguida de su numerosa comitiva. A la puerta de la iglesia había muchos pobres, y entre ellos una mujer que no se la podía mirar sin sentir horror. Estaba sentada en un carrito; sus piernas secas y ennegrecidas como si pertenecieran a una momia, estaban extendidas horizontalmente en completa desnudez; lo demás del cuerpo estaba cubierto por un mal vestido pero limpio y aseado; el rostro de aquella mujer moreno y enflaquecido, tenía una expresión sombría y amenazadora; en cambio su voz era dulce y armónica. Al pasar la novia exclamó:

—¡Que nunca caiga sobre Ud. la cólera de Dios!

La joven volvió la cara, y al ver a aquella infeliz se sintió conmovida, habló al anciano que la acompañaba y este sacó una moneda que ella cogió vivamente y la dejó en la mano de la pordiosera.

En aquel momento aquellas dos manos se tocaron ligeramente: la una pequeña, cubierta por un níveo guante, adornada en su muñeca por un brazalete de gruesas perlas, oculto en una cascada de blancos encajes; la otra seca, negruzca, curtida por el aire y el sol.

Aquellas dos cabezas estuvieron cerca una de otra por un instante: la de la joven desposada, hermosa, espléndida, de juvenil belleza, sus negros cabellos armonizaban deliciosamente con las nevadas flores del azahar que coronaban su espaciosa frente, y un largo velo de tul de Inglaterra la envolvía en una nube de blanca espuma.

La cabeza de la mendiga cubierta de cabellos grises, sucios y enmarañados, estaban semi-ocultos por un pañuelo de percal azul, con flores amarillentas. Se unieron por un segundo ¡la luz y la sombra!

¡La vida y la muerte!

¡La felicidad y el dolor!

¡La desesperación y la esperanza!

¡Qué transiciones tan violentas!

Filosóficamente considerado, ¡qué triste es vivir en la tierra!

Pero sigamos nuestro relato, interrumpido por la impresión que aún sentimos al recordar aquella escena, y prosigamos diciendo que la joven entró en la iglesia, seguida de sus deudos y amigos, y nosotros le dimos una limosna a la pobre tullida preguntándole por qué le había dicho a aquella joven, que no cayera sobre ella la cólera de Dios.

—¡Ah! dijo la mendiga con cierto temor supersticioso, porque la cólera de Dios es terrible.

Mírenme Uds. a mí; aquí donde me ven, he sido de muy buen parecer: me casé con el hombre a quién quería, y aunque no he sido rica, como esa que ha pasado, he sido más feliz que lo será ella en toda su vida; por que un hombre más bueno que mi Antonio no lo había en el mundo.

Al decir estas palabras, aquel semblante se dulcificó y de aquellos ojos apagados brotaron copiosas lágrimas.

—¿Murió su marido? —le preguntamos con interés.

—¿Creen Uds. que si él viviera estaría yo aquí? ¡Murió!

- ¿Hace mucho tiempo?

—Cinco años. Estábamos una tarde trabajando en el campo; de pronto se puso el cielo muy negro y empezó a tronar; nosotros echamos a correr, pero no corrimos bastante: cayó un rayo y dejó muerto a mi marido y a mí me quitó el conocimiento. Cuando volví en mí, unos dolores horribles me atormentaban las piernas sin poderme mover, y los dolores me siguieron, hasta que me quedé como me ven Uds. Tengo una niña y un niño, la niña está en el hospicio y el chico en el asilo.

- ¿Y cómo no está Ud. en el asilo?

—Porqué allí metida no podría ver a mi hija, y prefiero verla a ella a todo lo del mundo. Con que ya ven Uds. si tengo razón para hablar de la cólera de Dios.

—¡Pobre mujer! no crea Ud. que Dios tiene cólera para nadie.

—Pues entonces los rayos, ¿qué son?

—Los rayos obedecen a otras causas, que nada tienen que ver con los sentimientos que le quieren atribuir a Dios.

La mendiga se encogió de hombros como queriendo decir: no me convencéis, y giró su carretón para salir de aquel paraje.

—¿Ve Ud., le dijimos a nuestro compañero, qué modo de juzgar a Dios tan imbécil y tan erróneo? Si esta mujer fuera espiritista creería en un Dios más justo y más equitativo.

¡Oh! ¡qué bien dice Víctor Hugo!

—¿Qué dice Víctor Hugo?

—«Que las religiones crean lo absurdo, y la religión lo verdadero» y el Espiritismo es la religión suprema sin altares, sin templos, sin sacerdotes, porque cada cual es sacerdote

dentro de sí mismo, y en la pagoda de su conciencia ofrece por sacrificio el examen de sus actos.

—Ciertamente que, si el Espiritismo es como Ud. lo pinta, es la única brújula que nos llevará al puerto.

Nuestro amigo marchó al extranjero: dos años después volvió a la corte de España y vino a vernos, diciéndonos con efusión:

—Ya creo en el Espiritismo; he leído muchos libros, pero he sacado más fruto estudiando en los volúmenes vivientes. ¿Se acuerda Ud. de aquel pobre niño que vimos en la calle de Carretas, en un día de invierno?

Aquel pequeño mendigo se fotografió en mi mente como la pordiosera de las piernas secas, y miles y miles que he visto después me han hecho estudiar y convencerme de que Dios no podía darles esta vida únicamente; porque siendo Él tan grande ¿cómo había de conceder existencias tan pequeñas?

—Tiene Ud. razón; la tierra, considerándola aisladamente, no tiene relación con la omnipotencia divina; pero mirándola como un eslabón de la cadena universal, se la puede calificar como una de las muchas penitenciarias que tiene el infinito.

¿Qué habrá sido del pobre Manuel Gay?

Su infortunio ha servido para que un alma buena comprendiera la grandeza de Dios.

¡Todo se relaciona en la vida!

¡Todo cumple su misión en la tierra! ¡Cuán incomprensibles son, aún para los hombres, los decretos de Dios!

¡Quién sabe en qué región estará aquel espíritu! debe haber dejado este mundo; aquel pobre organismo no tenía condiciones de vitalidad.

¡Con cuánto horror recordará la tierra!... Solo en una morada se detendrá, si es que está en nuestra atmósfera.

Solo buscará a la hermosa niña que le besó compasiva. Tal vez ella se acordará del pequeño mendigo en el instante en que él la envuelva con su fluido.

¿Se encontraron en otro mundo?

¡Oh! sí, sí; el beso que la niña dio a aquel desventurado en la tierra, fue el hasta luego para unirse más tarde en la eternidad.

Un recuerdo

Al hermano ausente José Palet

El Espiritismo ha perdido uno de sus mejores adeptos en la tierra, y la prensa espiritista uno de sus más entendidos obreros, y La Revelación, la humilde revista alicantina, uno de sus más queridos colaboradores.

Cúmprenos como buenos cristianos acatar y bendecir la voluntad de Dios, pero queda en nuestra mente un recuerdo melancólico y un sentimiento de dolorosa envidia. Almas de tan buen temple como la de Palet, son espíritus proscritos que la tierra les ha servido de penitenciaria.

¡Emigrado, vuelve a tu patria!

¡Prisionero, recobra tu libertad!

¡Viajero universal! sigue tu eterno viaje, y no te olvides en las capitales del infinito de la pobre aldea donde te detuviste algunos años, para enseñarnos los mandamientos de la ley de Dios. Adiós, querido maestro.

Adiós, hermano Palet, hasta luego.

Antes de morir decías
con íntima convicción:
«Terminaré mi expiación
dentro de muy breves días.»
Sin duda alguna, veías
la imagen de la verdad;
y de la inmortalidad
quizá, escuchaste el acento:
porqué es el presentimiento
la voz de la eternidad.

1877

La voz del progreso

¡Despierta de tu sueño, raza humana!
¡oye mi voz potente!
yo te vengo a decir que hay un mañana,
y que de Dios la diestra soberana
un día se posará sobre tu frente.
Yo te vengo a decir que la existencia
no es el sueño penoso de ese mundo,
y que la providencia,
no puede condensar de Dios la esencia,
en la efímera vida de un segundo.
¡El porvenir del hombre es infinito!
sin límite prescrito
lanza en la piedra su primer vagido,
y sigue otras especies animando
en la ley del progreso indefinido.
¡Grande es la vida, sí; de Dios hechura;
mas, entendedlo bien, ¡pobres mortales!
no creáis vuestra raquítica figura
la realidad de eternos ideales.
No es el hombre pequeño de la tierra
imperfecto y mezquino,
que invoca a Dios al emprender la guerra
y lo aclama si vence a su enemigo.
No es la imagen de Dios, el rey que osado
a sus pueblos los trata como á ilotas,
ni es su imagen el siervo esclavizado
que una vez libre, a su tirano azota.
Vosotras le habéis dado a Dios hechura
y Este no tiene forma conocida;
quererle humanizar, es la locura
más grande que tenéis en vuestra vida.
Espiritualizad el sentimiento
y arrancareis de vuestra senda abrojos:
dejad que solo mire el pensamiento,
y veréis mucho más, que con los ojos;
No admiréis en el hombre su grandeza
no envidiéis su talento,
que el que vive no más con la cabeza
es hoja seca que la lleva el viento.
¡Contemplad la creación! ¿qué veis en ella?
¿qué savia sus vergeles fecundiza?
¿quién da fulgor a la temblante estrella?
¿Quién da perlas al mar? ¿quién lo esclaviza?
¿no admiráis un poder omnipotente?

¿no admiráis una fuerza poderosa,
que enlaza el más allá con el presente?
¿No escucháis una nota melodiosa,
cuyo eco dulce, arrobador, profundo,
encuentra vibración de mundo en mundo?...
Contemplad de la luz esos reflejos,
que a través de los siglos,
la reverberación desde muy lejos
presenta los vestigios
de vuestras existencias anteriores;
y veréis la verdad sin duda alguna,
a unos llorando en vuestra tumba helada,
y a otros meciendo alegres vuestra cuna.
La vida del espíritu elevado
es sublime, suprema;
para él no hay ni presente ni pasado,
para él está resuelto el gran problema,
que volatilizado está el progreso
en todas las esferas.
Su hálito sutilísimo, impalpable,
se abre paso en la piedra,
en el crustáceo que en el mar se esconde,
en el planeta que en el éter rueda.
En todo llama a Dios, y Dios responde.
La vida en infinitas proporciones
se divide, (de muchos ignoradas.)
Sus manifestaciones,
son las evoluciones,
de todas las especies combinadas.
Íntima relación existe en todo,
en la piedra, en la planta y en el hombre,
y de idéntico modo
progresa el ave audaz que llega al cielo,
y el reptil que se arrastra por el lodo.
Todo se eleva a Dios; nada hay rastrero:
la eternidad del mal no es conocida,
los mundos en su eterno derrotero
solo tienen un punto de partida:
brotar, crecer, morir y confundirse...
los átomos buscarse nuevamente
para en un nuevo sol ir a fundirse.
Todo tiende a vivir siempre ascendiendo,
dejando atrás la deleznable escoria,
todo la escala universal subiendo,
buscando el infinito de la gloria;
no esa gloria mezquina que sonaron
absurdas religiones,

que el poder del Eterno limitaron,
creando esas terroríficas mansiones,
o esos centros de luz, donde la vida
no tiene variedad de sensaciones.
¡La eternidad del bien, sin adelante!
¡la eternidad del mal, sin un consuelo!
¡no hay una falta que eternice el llanto!
¡no hay obra buena que conquiste un cielo!
Nadie llega hasta Dios; que Dios no tiene
lugar determinado:
el universo entero le sostiene
por qué esencia es de todo lo creado.
¡Si Dios es infinito en su grandeza! ...
¿cómo pudo forjar esos dolores
y esos antros sombríos
donde gimen satánicas legiones
negando a Dios en loco desvarío?
¡Humanidad?... despiértate y escucha;
no le des forma a Dios, que no la tiene,
no invoques su poder para la lucha:
piensa tan sólo en Él, si sucumbieres;
no le humanices ni le des pasiones
cual las tuyas mezquinas;
no te ocupes en darle proporciones
al Creador infinito de la vida.
Ocúpate de ti, dale a tu alma
dilatado horizonte;
no mires en la tumba más que un monte,
tras él, nuevas llanuras
de existencias futuras
se extienden ante ti, que tu mirada
no pudo vislumbrar, mientras seguías
tu penosa jornada,
pero que terminada,
tienes ante tus ojos nuevas vías,
que nunca tendrán fin; porque contadas
no tiene Dios las horas de sus días.
¡Vivir? ¡siempre vivir, es tu destino! ...
¿comprendes, raza humana? ...
¡yo soy el sol que alumbra tu camino
y que no tendrá ocaso en el mañana?
¡Yo soy el que le dije a Galileo
inventa un telescopio!
y al gran Kleper yo le inspiré el deseo
de mirar de otros mundos la estructura;
y el que le dije a Kind, haz una sonda
que penetre en el seno de la tierra;

y el cetro del gran siglo diez y nueve
que sea un pedazo de carbón de piedra;
yo he sido el anticuario que he buscado
ese calor solar almacenado
en el seno de bosques seculares;
yo he sido el que he lanzado
el cable trasatlántico en los mares,
y yo el que he demostrado
que en el caballo de vapor, la fuerza
del titán de la fábula se ha hallado:
yo he sido el que le he dicho a los mortales
no hay obra buena que conquiste un cielo,
estudiad en los libros siderales,
como el águila alzad el raudo vuelo,
y veréis que el espacio es infinito,
y que sólo hay la atmósfera azulada;
en cúpula aparente transformada
en cuyo seno anidan blancas nubes...
y en donde habéis soñado que hay querubens
y en realidad, en realidad no hay nada,
más que rayos azules,
partículas de luz diseminadas...
Yo le he hecho comprender a la criatura
el valor que en sí tiene la existencia,
por mí busca de Dios la esencia pura
en el mundo infinito de la ciencia;
yo he derribado todas las fronteras,
yo perforé del mundo las montañas,
y el hilo conductor de otras esferas
lo encontré de la tumba en las entrarlas.
Yo he desgarrado el misterioso velo
que a la muerte sirviera de sudario,
y he convertido el tiempo en sabio artista
haciéndole de Dios, el estatuario.
EL estatuario, sí; porque Él modela
del hombre las diversas envolturas;
y la muerte no es más que un centinela
(que ponen de avanzada en noche oscura
vuestros genios y amigos tutelares)
que os dice: ¡atrás! dormid por un segunda
para entrar a luchar en otro mundo.
¡Oye mi voz! ¡Humanidad! ¡despierta]
admira mi grandeza y poderío;
las tumbas por mi mano están abiertas.
Y el espíritu libre en su albedrío,
viene a contaros de pasadas vidas
sus odios y pasiones,

que ni por un segundo interrumpidas
están las afecciones,
en donde reasumidas
estaban vuestras grandes ambiciones.
Yo, cual otro Jesús, voy a las tumbas
y les digo a los Lázarus dormidos:
¡Despertad! ¡despertad! ¡nadie sucumba!
¡ciegos! ¡mirad la luz! ¡corred, tullidos! ...
¡dejad ya vuestros lechos sepulcrales!
¡dejadlos en buen hora? ...
¡espíritus, vivid! ¡sois inmortales!
¡id a otros mundos! ¡id donde la aurora
de un espléndido día,
refleja sus prismáticos colores
sobre valles de luz, ríos de flores,
torrentes y cascadas,
y verdes enramadas,
donde elevan dulcísimos cantares
aves enamoradas.
Después, seguid; seguid la eterna senda,
mundos tras mundos hallareis; la vida
jamás interrumpida
se verá; porque Dios de quien yo soy
esencia bendecida,
limitación no tiene conocida.
Ayer, mañana y hoy
no son más que palabras, frases huecas...
por el hombre inventadas,
a las cuales sujeta sus jornadas.
¿Me has entendido bien, humana raza?
tú eres la que te escribes tu proceso,
Dios no premia, ni absuelve, ni amenaza,
tu juez únicamente es tu progreso.
¡Dios es más grande aún, mucho más grande!
¡inconcebible? ¡eterno? ¡Omnipotente!
¡arcano de la vida! ¡luz y aliento
de todo lo existente!
¡increado ser por nadie definido! ...
lejos está; muy lejos...
de vuestra pobre vida
a la que le asociáis con loco empeño,
sin tenerme por punto de partida:
cuando tan solo yo, ¡raza deicida!
tal vez pudiera realizar tu sueño.
¡Ven a mí! ¡ven a mí, porque me inspira
profunda compasión tu desvarío!
¡ven loca de los siglos!... ¡tu deliras! ...

te consume la fiebre del hastío:
¡quieres ver, quieres ver... pero no miras? ...
¡ven! apóyate en mí, ¡yo soy la vida!
¡yo soy la redención! ¡soy la esperanza!
¡yo realizo en los mundos el suceso
que da, a los pueblos libertad y gloria!
¡Soy la emancipación! ¡soy el progreso!
¡y el progreso es la luz! ¡la luz divina!
que borró de las castas degradadas
su infamante anatema;
¡humanidad! refúgiate en mis brazos,
¡que soy de Dios la emanación suprema!

1877

Impresiones de viaje

A mi hermano Manuel Ausó

HERMANO mío: Siempre que llego a una población, acostumbro a visitar su cementerio, porque en los epitafios de sus tumbas, leo la historia de los vivos. El estilo es el hombre, dicen, y es verdad; y las ofrendas que dedican a los muertos revelan también el gusto artístico del país.

Siguiendo mi inveterada costumbre, he visitado el cementerio de Barcelona que, si bien tiene islas tristes, sin una flor, sin un sauce, ni un ciprés, más que sus altas paredes formadas por nichos alineados, enterramientos ridículos, mezquinos e insalubres para la población, en cambio tiene una isla anchurosa, ventilada y de gusto artístico, porque es un gran paralelogramo, rodeado de una galería donde hay pequeñas capillas, cuyas paredes están revestidas de mármoles y jazpes. En unas hay blancos altares con Cristos colosales, en otras severos ataúdes de mármol negro como el ébano, y en todos aquellos panteones se ve rivalizar la opulencia y el arte: en la mayoría vence la primera, en la minoría alcanza la victoria el segundo.

En el centro de la necrópolis, se ven diseminadas lujosas sepulturas cercadas por una verja de hierro, sombreadas por sauces y cipreses, y acariciadas por plantas odoríferas; entre todas hay dos tumbas donde el sentimiento extiende la poesía de su arte; ante estos dos sepulcros, el alma pensadora medita y mira en torno suyo por ver si encuentra el espíritu que animó el cuerpo que allí se disgrega entre piedras, aves y flores.

Uno de los mausoleos a que me refiero, es de mármol blanco, sin adornos alegóricos y sólo destaca en él una gruesa columna de alabastro rota con artístico descuido en su parte superior.

¡Cuánto dice aquella columna rota! Que como dice Virgilio:

También las cosas suspiran,
también las piedras inspiran
melancólica ansiedad.

¡Ah! ¡sí! ¡ante aquella urna cineraria se escucha una queja! Allí están los restos de una mujer joven y amada, que fue al templo a jurar a un hombre su eterno amor. Amor que bendijo un sacerdote; volvió la desposada a su casa, y antes de quitarse su corona nupcial, lanzó un gemido, y su espíritu dejó la tierra.

¿No es verdad que aquella columna rota es el poema de su vida?

Ni la mejor estatua del dolor, ni la elegía más tierna, ni la pintura mejor sentida hubieran podido decir más que aquel pedazo de piedra.

Entre dos soberbios cenotafios hay un pedazo o trozo de tierra en forma de triángulo un tanto prolongado, dentro de su sencilla verja de hierro hay una losa cuadrilonga, con una inscripción latina, diciendo en ella que un ministro de Dios reposa allí; sobre un montón de piedras toscamente cortadas, se eleva una cruz también de piedra y a aquel signo de redención se enlaza una planta trepadora: pequeños reptiles viven entre sus hojas y al

dulce calor de los rayos del sol salen de su escondrijo y suben por la cruz con pasmosa rapidez.

En aquella tumba se ve a la naturaleza puesta en acción; allí no hay nada inerte, ni nada sombrío; allí se ve la vida en su constante reproducción, en su eterno movimiento, viviendo siempre.

Aparte de estos dos túmulos, en todas las demás hay vulgaridad, amaneramiento, pequeñez de ideas, y hasta asuntos ridículos que excitan la hilaridad.

Mientras más veo los cementerios, más necesaria encuentro la cremación de los cadáveres, porque toco palpablemente lo innecesario de estos receptáculos de putrefacción donde no existe ni ese respeto, ni esa veneración que quieren probar que se les tiene a los muertos, dándoles una sepultura a sus restos; ¡y creen una bárbara profanación el sistema crematorio!

Algo más digno, algo más respetuoso, es guardar en una copa de alabastro las cenizas de los que fueron, sin manosearlas, sin cambiarlas de lugar, que ver como manejan a los muertos en el sagrado y ponderado cementerio. Observé en mi última visita, como enterraban los despojos de un ser, y toda la ceremonia la encontré repugnante, fría, descarnada, sin un detalle delicado, había más hielo en los vivos que en los muertos.

Colocaron una ancha escalera junto a la pared, subió un enterrador armado con su piqueta y principió a dar golpes para levantar una lápida.

Un eco sordo repetía los golpes dentro, produciendo un sonido tan extraño, tan apagado, tan triste, que estremecía el escucharlo. Quitaron la lápida, los ladrillos cayeron, y de la abierta sepultura sacaron la caja de un niño y después la de un hombre: esta última se deshizo entre las manos de los sepultureros, y sólo dejó en sus brazos un esqueleto, que lo pusieron en la plataforma de la escalera.

Subieron la caja del nuevo huésped (que era el padre del esqueleto que habían ido a profanar,) y la dejaron dentro del nicho vacío, poniendo encima los restos del hijo cuya cabeza desprendida del tronco, la echaron en la caja, y como el que rellena un almohadón, apretaron los huesos con la más completa indiferencia.

Tres amigos o parientes del difunto miraban aquella escena revelando cierto asco y descontento, sintiendo marcada e instintiva repulsión hacia una rancia costumbre que debe desaparecer. Sí; debe desaparecer, porque los cementerios son una página epigramática en la historia de la humanidad.

¿En dónde está el sagrado de sus tumbas, si pasado cierto número de años, generalmente, aquellas osamentas se las cambia de paraje, y se las tira, y se golpean, y se arrojan como un mueble viejo?

Nosotros que somos espiritistas y que miramos la materia, como una simple envoltura del espíritu, respetamos más ese vestido, que aquellos que miran en el cuerpo el todo de la vida.

Nosotros no queremos que una mano extraña toque aquella frente que acariciamos un día. Nosotros no queremos que arrojen brutalmente aquella, cabeza que guardó nuestra

imagen, y nos rindió culto en su pensamiento. Nosotros no queremos, en fin, que nadie manosee a la que nos llevó en su seno y nos enseñó a rezar.

No; queremos que aquella envoltura que nos perteneció... aquellas manos que nos sostuvieron en los primeros pasos de la vida, aquel corazón que sintió y contó nuestros latidos, aquellos ojos, que sólo se animaban para mirarnos, y aquellos labios que sólo para nosotros sonreían, aquel órgano humano que lo hacía vivir y sentir nuestro amor, no queremos que nadie lo profane con su aliento, y por eso queremos la purificación del fuego, para que aquella porción de materia querida, sea un residuo que podamos guardar, sin que un soplo extraño haga volar ni un átomo de sus cenizas.

¡Cuánto más bello, más delicado, más inmaterial y más puro es un puñado de blanco polvo conservado en una copa de cristal o de porcelana, que un esqueleto negruzco, cubierto a trechos de una pelusa blanca, y en otros velados por filamentos de su traje en los que viven roedores gusanos! Esto último inspira horror, pero un horror tan profundo, que no se puede ni aún siquiera contemplar, porque por ese instinto de conservación innato en el hombre, tenemos que huir del paraje donde aspiramos los miasmas de la podredumbre, en tanto que la materia purificada podemos guardarla religiosamente sin que nadie la toque.

Nuestra fue mientras la animó el espíritu, y nuestra puede ser en tanto estemos en la tierra.

Sí, hermano mío, es un contrasentido que en el siglo donde las locomotoras Courier, recorren en Inglaterra 78 millas por hora, y los canales unen los mares como ha sucedido en Ámsterdam, que últimamente se ha unido por medio del nuevo canal el mar del Norte y el Zuiderzu. Cuando por medio del anteojo submarino de M. Boiner, ha sido fácil ver las conchas y plantas marinas; cuando la ciencia, en fin, no diremos que pronuncia su última palabra, pero sí que el adelanto es indisputable, ¿no debe todo caminar a un mismo fin?

Los cementerios deben desaparecer, porque es un lujo estéril, improductivo, y por apéndice, perjudicial.

Mérito artístico tiene sin duda, una parte del cementerio de Barcelona, pero esto no impide que se aspire en sus inmediaciones un ambiente inficionado.

Adiós, hermano mío, sé muy bien que tú estás conforme con mi modo de pensar, porque tú amas el progreso como todo buen espiritista, por eso al escribir estas páginas pensaba en ti.

¡Cuántos y cuántos años pasarán todavía antes que España adopte el sistema de la incineración! No haremos nosotros lo que han hecho últimamente en los Estados Unidos, que se ha instalado en Gallows-Hill, cerca de Washington, un horno para la cremación de los cadáveres: consiste en una urna de ladrillería con una cubierta de hierro, con su correspondiente hogar para el combustible, que es el cok, y tres chimeneas para la salida de gases y otros productos de la combustión.

Está colocado en el centro de una gran sala sobre una especie de catafalco, a cuyo alrededor hay sillas para que los parientes y amigos del finado puedan presenciar la operación. Las cenizas se recogen en unas pequeñas urnas de cristal, en cuyo exterior se

coloca una etiqueta con el retrato, nombre y demás antecedentes del individuo de que proceden las cenizas. Al objeto, sin duda, de hacer prosélitos, la cremación se ejecuta gratis por la sociedad que ha fundado este establecimiento.

¿Qué crimen pesará sobre nuestra nación que tan estacionada está? ¡Pobre! ¡Pobre país!

¡Cuán criminal será su pasado, cuando es tan vergonzoso y tan humillante su presente!

¡Plegue a Dios que el Espiritismo sea el Jordán bendito que lave sus manchas, para que el adelanto en su fecundo suelo eche raíces y la civilización produzca preciosas flores y sabrosos frutos!

Roguemos, hermano mío, roguemos por nuestra hermosa tierra, que gime aprisionada por el oscurantismo.

Roguemos que en la noche de su presente le envíe sus resplandores el sol del porvenir.

1877

Al Planeta, Tierra

¡Pobre planeta! tu vida
es la vida del gusano,
en el corazón humano
no hay más punto de partida
que la lucha fratricida
de una razón degradada,
por la codicia menguada
y las más torpes pasiones,
siendo sus aspiraciones
ganar todo, sin dar nada.

Miserable condición
tienen los humanos seres;
sólo cifran sus placeres
del vicio en la corrupción;
su delirio y su ambición
se reduce, ¿a qué? a gozar,
sin pensar, ni recordar,
que hay quien se muere de frío,
que hay quien dice ¡Padre mío!
¿también sabes tú olvidar?

¡¡Hombre!! compuesto de lodo,
de miseria y de egoísmo;
cuando se mira uno mismo
duda de todo, de todo;
porque de idéntico modo,
se ve uno que los demás;
y si algo se queda atrás,
"del infeliz delincuente,
no es por virtud, solamente
es por miedo, y nada más.

Por eso cuando me miro
digo con amargo tedio:
¿dónde encontraré un remedio
para el asco que me inspiro?
Si es cierto que yo respiro
porque Dios me presta aliento,
¿cómo es que mi pensamiento
no responde a su grandeza?
¿de qué sirve una cabeza
si no guarda sentimiento?

¿Qué misterio aquí se esconde?
¿por qué Dios del orbe dueño
hizo al hombre tan pequeño
que a su Creador no responde?
¿progresará? ¿cuándo?... ¿dónde? ...
yo necesito saber,
por qué el hombre y la mujer
tenemos tanto egoísmo;
por qué el individualismo
es nuestro modo de ser.

Si Dios es tan generoso,
si en su santa providencia
nos ha influido su esencia,
¿cómo tan avaricioso
es el hombre?... ¡Dios piadoso!...
tu misericordia invoco,
pues siento que poco a poco,
un algo extraño me aterra,
y miro, miro a la tierra...
y temo volverme loco.

¿Seré yo siempre cuál soy?
¿viviré como ahora vivo
de la ignorancia cautivo
sin saber a dónde voy?
Cansado me encuentro;
estoy tan hartado ya de vivir,
que sólo quiero morir
por ver si en la tumba está
la nada sin más allá,
el todo del porvenir.

¡Tierra! a tus playas llegué
en mal hora, que en tu suelo
tanto fue mi desconsuelo
que lástima me inspiré.
- ¡Lástima! desprecio fue,
desprecio grande y profundo,
pues segundo, por segundo,
fui mi vida analizando,
y tuve que exclamar, ¿cuándo...
seré mejor que este mundo?

¿Cuándo en mi mente habrá luz,
sintiendo en mi corazón
esa suprema pasión
que Cristo sintió en la Cruz?

¿Cuándo dejaré el capuz
que hoy aprisiona mi sien?
¿cuándo diré al hombre ¡ven!
yo consolaré tus penas,
yo romperé tus cadenas
y el mal pagaré con bien?

¡Ay! ¿cuándo, cuándo será?
Yo quiero salir de aquí,
nada, ¡oh! tierra me une a ti,
nuestro pacto roto está,
porque mi mente ya va
algo grande presintiendo,
y va subiendo, subiendo...
en alas de la esperanza;
y sigue; y sigue y avanza...
y avanza, siempre ascendiendo.

Yo presiento la virtud
y aun no la sé practicar,
yo quisiera progresar,
y entrar en la plenitud
de esa eterna juventud,
de ese goce sin medida
que nos ofrece una vida
de supremas sensaciones,
de inextinguibles pasiones
con un punto de partida.

Y ese punto que sea Dios,
que sea el amor infinito,
no el egoísmo maldito
del cual hoy vamos en pos.
¡Tierra! ¡tierra! entre los dos
alguien ha puesto una valla,
pues mi espíritu batalla
por ver si deja tu escoria
y sueña, sueña en la gloria
y vuela a ver si la halla.

Mientras más te considero
más triste te encuentro, tierra,
siempre en lucha, siempre en guerra
lo falso y lo verdadero.
No hay vereda, no hay sendero
que la sangre no la riegue,
no hay en tu manto ni un pliegue
que no se encuentre manchado.

¡Planeta fanatizado!
no extrañes de ti reniegue.

Reniego, sí; y abomino
tus leyes y tus costumbres
que en todas hay pesadumbres.
Hasta en tu culto divino
forjaste un Dios mezquino
con un infierno irrisorio,
con un necio purgatorio,
con un limbo y una gloria
donde terminen su historia
San Pablo y D. Juan Tenorio.

Lo mismo conquista el cielo
el Apóstol que ha vivido
luchando y ha padecido
por difundir el consuelo;
como aquel que con anhelo
de nada bueno vivió,
y su tiempo malgastó,
y sólo ya en la agonía,
pensó en Jesús y en María,
pidió gracia y se salvó.

¡Qué talento habéis tenido
para forjaros un Dios
que os deja vivir en pos
del mal, y que da al olvido
la falta, si arrepentido
os mostráis; cuando ya inerte
casi en brazos de la muerte
para nada tenéis vida,
porque os ganó la partida
del tiempo su brazo fuerte.

¡Justicia por vida mía
le dais a Dios, en verdad!
¡despiértate humanidad!
tu ignorancia te extravía,
¡despierta! lléguete el día
de conocer la razón,
deja tu alucinación
y a Dios no personalices,
no le des forma y matices
propios de tu imperfección.

No le ofrezcas al Eterno
como condición precisa

un responso y una misa
para salvar del averno
al que gime en el infierno
que su culpa mereció.

Escucha al que se quejó,
enjuga el llanto de alguno,
y entonces ciento por uno
ganará aquel que pecó.

¡Tierra! ¡Tierra! por mis males
he venido a tu recinto,
donde todo es tan distinto
en las leyes naturales;
tus condiciones fatales
te han colocado de un modo,
que aunque eres parte del todo
y pasan por ti años miles,
siempre estás cual los reptiles
encenogada en tu lodo.

Bastarda en tu sentimiento,
material en tu creencia,
que le das cuerpo a una esencia,
y le das forma a un aliento;
comercia tu pensamiento
con cuanto abarca tu mente,
y hasta el ser omnipotente
en tu bajeza acumulas,
que el comercio de las bulas
le da a su Iglesia docente.

¿De dónde vengo? no sé,
pero tus leyes no admito;
«hambre tengo de infinito.»
Nunca aquí me saciaré.
El Dios que adora mi fe,
no lo encuentro en tus altares;
no está mi Dios en los lares
donde aún se condena a muerte:
y el derecho del más fuerte
marca tus líneas polares.

Si después de ti no hubiera
otro planeta mejor,
yo rogara al Hacedor
que á polvo te redujera;
para que así concluyera
de una vez tanto extravío;

sí; que un vendaval bravío
a la tierra desencaje,
y se pierda su linaje
en los mares del vacío.

¿Comprendemos a Dios? no;
¿qué ejercemos? la injusticia;
¿qué nos mueve? la codicia;
¿a quién queremos? al yo.
La envidia nos dominó
nos posee y nos poseerá,
¿en dónde hay un más allá
que no domine la sombra?
¡Dios mío, ese lugar nombra!
quiero verle, ¿dónde está?

¿Dónde está? quiero vivir,
yo me quiero engrandecer,
y quiero llegar a ser
un Mesías del porvenir.
Yo no quiero sucumbir
entre esta menguada grey,
donde ni el siervo, ni el rey,
se consideran hermanos,
convirtiéndose en tiranos,
en nombre de infausta ley.

Y yo quiero adelantar,
yo quiero tender mi vuelo,
y ver otro, y otro cielo
en mi eterno progresar:
yo quiero hasta Dios llegar;
dejad que siga adelante;
que no hay espacio bastante
en la tierra para mí,
que aunque pigmeo nací
mi aspiración es gigante.

Que las civilizaciones
que se han ido sucediendo,
y que han ido engrandeciendo
y elevando a las naciones,
no reúnen las perfecciones
que yo en mi mente soñé,
falta en ellas... no sé qué...
pero no dan solución,
ni la fe sin la razón
ni la razón sin la fe.

Yo busco la perfección
de la armonía universal,
el eterno pedestal
de la civilización.
La gran regeneración
que nos salve del abismo,
que domine al egoísmo
que nuestro ser avasalla,
¿y en dónde ese bien se halla? ...
Solo en el Espiritismo.

¡Tierra! si quieres seguir
por la senda del progreso,
no formes torpe proceso
al Mesías del porvenir.
Ayúdale tú a seguir,
ofrécele un santuario,
no te muestres refractario
a la verdadera luz,
sostén del hombre la cruz
hasta llegar al calvario.

No te estaciones, avanza,
que mucha falta te hace:
que aquel que en tu suelo nace,
al precipicio se lanza.
Busca, busca la bonanza
en tu eterna tempestad;
mira que tu humanidad
de castas y privilegios,
no escucha en sus sacrilegios
la voz de la eternidad.

Escúchala, que tu afrenta
es necesario borrar;
decídete a progresar
si quieres saldar tu cuenta,
a tiempo te se presenta
quien por la senda te guíe;
el porvenir te sonrío,
rompe tus lazos de hierro,
¡Tierra! sal de tu destierro,
y ve donde Dios te envíe.

Toma luz, tiende tu vuelo,
da a tu atmósfera arreboles
une tu sol a otros soles,
dale flores a tu suelo,

de tu sombra rasga el velo,
y a tus noches enlutadas
de mil lunas plateadas
da una luz nunca extinguida,
que no hay región elegida,
sino todas son llamadas
a seguir la rotación
del progreso, ¿entiendes bien?
puedes trocarte en edén,
por tu regeneración;
sigue sin vacilación,
sigue con ardiente afán,
mira que tus hijos van
saliendo de su atonía
y pronto llegará el día
que cuentas te pedirán.

¡Tierra! escucha; plugo a Dios
darte la luz suficiente,
para que veas claramente
y vayas del bien en pos;
tienes dos caminos, dos,
elije sin vacilar,
ten valor para luchar;
uno es el oscurantismo,
otro es el Espiritismo.
¿Por cuál quieres avanzar?

Lázaro, deja tu tumba,
levántate, Dios lo manda,
sigue tu camino ¡anda!
oye el eco que retumba,
es el progreso que zumba,
llega tu juicio final.
Elije entre el bien y el mal,
cese tu nefanda guerra:
¡Avanza, planeta Tierra,
al progreso universal!

1877

La instrucción

La instrucción es el verdadero bautismo de la humanidad.

Desde los tiempos más remotos, los hombres han buscado en los libros la savia de la vida.

Osimandyas, rey de Egipto, colocó dentro de su palacio una biblioteca, (la primera del mundo), sobre la cual mandó inscribir estas palabras: ¡Remedios del alma!

Estas frases encierran un gran pensamiento, porque un buen libro es el mejor consejero que puede tener el hombre. La prosperidad de los pueblos es hija de su civilización, y de su moralidad. El adelanto moral, debe ser el hermano gemelo del progreso intelectual.

La enseñanza obligatoria es la clave del progreso. En Sajonia, se puso en práctica esta sabia ley en 1573, y hoy no existe en su territorio ni el 3 por ciento de sus habitantes que no sepan leer y escribir, ¡quién pudiera vivir en Sajonia!

Decía un sabio escritor francés: «Dejadme educar a la juventud, y regeneraré el mundo; que sin educación, el hombre no es hombre, no basta que las criaturas trabajen como bestias, es necesario que comprendan el trabajo intelectual, porque las leyes de los Fenómenos se deben conocer.»

Nada más cierto; la ignorancia es la tisis de la humanidad.

Un gran economista inglés comparaba la vida a una partida de ajedrez, y aseguraba que no conociendo bien las figuras era lógico que recibiéramos un jaque-mate. ¡Y tantos como recibimos! especialmente en España, donde se cuentan 17 millones de habitantes, y... ¡¡¡11 millones!!! de españoles carecen de los primeros rudimentos de la instrucción primaria. Si; en pleno siglo diez y nueve, once millones de españoles no saben leer.

¡Vergüenza y oprobio para todas sus generaciones pasadas!...

Alcanzando el anatema para la generación presente. En cambio, en los Estados Unidos, según afirma D. Pedro de Olive, la población es colar sube a la cifra de 13.875,050 individuos y en las escuelas públicas, hay alumnos matriculados en número de 8.099,981, y no copiamos integra la importante lista de sus escuelas, maestros y gastos de sueldos y de construcción de edilicios, porque sería demasiado extenso, y sólo diremos que en las escuelas públicas el número de los maestros asciende a 246.262, cifra que aún se considera insuficiente para el número de alumnos que hay en la Unión; y las subvenciones dadas por los Estados, para el sostenimiento de las escuelas públicas, ascienden a más de noventa millones de pesos, no pasando los gastos de 85 millones, quedan en caja anualmente como capital propio de la instrucción pública, cinco millones: así se comprende que el magisterio sea en los Estados Unidos, lo que debe ser, la más honrosa, la más noble y la más digna de las profesiones, como dice y dice muy bien el corresponsal, que en Nueva York tiene La Gaceta, de Barcelona.

Estamos en un todo conformes con la opinión de Julio Simón: «El pueblo que tiene las mejores escuelas, es el mejor pueblo.»

En los Estados Unidos todo tiene vida, desde el oficio más humilde hasta la primera escuela filosófica. Allí se han levantado las catedrales del porvenir, donde el genio, el arte y la industria forman la trinidad suprema del progreso. Allí se encuentra la verdadera libertad de cultos. Allí todas las religiones tienen sus templos, y todas las filosofías sus cátedras. Allí los espiritistas (de ambos sexos) dan conferencias públicas, y en el Estado de Massachussets se ha formado una compañía de admiradores de Allan Kardec, que por acciones ha comprado una vasta extensión de terreno a orillas del mar, destinada a las grandes reuniones de verano que celebran los espiritistas.

¡Lo mismo sucede en España! ¡pobre país! duerme tu sueño cataléptico hasta que se cumpla tu expiación, ocupa en el mapa universal, el puesto de la última aldea del mundo civilizado, que el pueblo español con el mañana de los indolentes tiene bastante:

¡Mañana!... frase elástica que promete un mundo, y que concede un átomo.

¡Esperanza gigantesca y realidad microscópica!

Torrente que, al elevarse al cielo, se asemeja a la catarata del Niágara y al caer en la tierra queda reducido a una gota de rocío. Este mañana de los indiferentes, convierte a los hombres en ilotas y en parias: aún la humanidad tiene castas degradadas.

La indiferencia es el cáncer social, estéril escepticismo que abrasa cuanto toca. Todos los descubrimientos, todos los adelantos, todas las manifestaciones que tiene el progreso son devorados por el indiferentismo de la ignorancia, porque solo los ignorantes son indiferentes.

Al Espiritismo le ha cabido la misma suerte que a todas las innovaciones progresivas. A la mitad del presente siglo en América, en Francia, y en diversas comarcas, se observó el fenómeno de las mesas giratorias o danza de las mesas, siguió la escritura del lápiz adaptado éste a una cestita o tablita, y por último, los médiums cogieron el lápiz y escribieron impulsados por una fuerza desconocida, manifestada en unos por movimientos puramente mecánicos, y en otros, por una intuición o audición especial.

En aquella misma época publicó Allan Kardec, sus obras fundamentales del Espiritismo, y en 1858, fundó el periódico espiritista La Revista de Paris; su noble ejemplo encontró imitadores en todas las capitales del mundo civilizado, creándose sociedades, círculos familiares y varios periódicos órganos de la escuela espírita.

El Espiritismo se puso de moda; mas, cuando vieron los curiosos que los espíritus no les decían el sitio donde habían de encontrar tesoros fabulosos, escondidos por la dama blanca y el hechicero del torrente, y que ni siquiera les acertaban los números que salían premiados en la lotería, dijeron con todo el aplomo de la estupidez: ¡Bah! ¡bah! pues si los espíritus son tan topos como nosotros, si no adivinan si seremos ricos y si viajaremos por mar o por tierra, y si moriremos jóvenes o viejos, para no saber nada nuevo, no merece la pena de calentarnos la cabeza llamando a los espíritus, y convencidos por la fuerza de tan poderosos argumentos, se fueron retirando la mayor parte de los socios que formaban los Centros, que como dice muy bien una antigua sentencia:

«Gustando la ciencia se cae en la incredulidad, pero empapándose en ella, se torna a la fe.»

El Espiritismo, escuela profundamente filosófica, no sirve para el curioso, no le satisface, no le convence; en cambio el hombre pensador encuentra en ella el remedio del alma, como lo encontraba el rey egipcio en su biblioteca.

«El estudio del Espiritismo, que repentinamente nos conduce a un orden de cosas tan nuevo y tan dilatado, sólo puede ser hecho fructíferamente por hombres graves, perseverantes, ajenos de prevenciones y animados de la firme y sincera voluntad de obtener un resultado, y en el estudio de la doctrina espirita hay que observar la ilación, la regularidad y el recogimiento.»

Esto dice el sabio Allan Kardec, y nosotros, creemos como él que sin las citadas condiciones, todo proyecto de estudio sería inútil. Y para estudiar, para saber estudiar, se necesita estar educado desde la más tierna edad, acostumbrado a que funcionen las primeras potencias haciéndolas sentir, pensar y querer.

La instrucción primera es el alfabeto de la ciencia: sin conocer las letras nadie puede leer; por mucho que el espíritu tenga aprendido, los primeros rudimentos de la lectura y de la escritura, necesita aprenderlos.

Si, cuando el Espiritismo se divulgó en América, y desde allí se propagó por Europa y por otras partes del mundo, en lugar de formar tantos centros y tantos grupos, se hubieran establecido escuelas por aquellos que primero conocieron la verdad espirita, enseñándose en ellas la verdadera doctrina cristiana usando como libros sagrados El Evangelio y La Filosofía Espiritista, de Kardec, como libro científico; su Génesis y El cielo y el infierno, como lectura recreativa; si bajo el criterio espirita se hubieran ido escribiendo crónicas y leyendas apropiadas a la infancia, ¡cuánto más sólida y más poderosa no sería hoy la base del Espiritismo, cimentada en los fuertes sillares de la instrucción!

Cristo decía: dejad que vengan a mí los pequeños: nosotros también, si queremos que el Espiritismo sea la religión del porvenir, tenemos que abrir muchas escuelas y decir a los niños: ¡Generación del siglo XIX, ven con nosotros!

No te asustaremos con el infierno, ni te engañaremos con la gloria; pero te enseñaremos a ser humilde y caritativa.

Te haremos conocer las muchas moradas que nos tiene reservadas nuestro Padre.

Te haremos amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo.

Te haremos amar la ciencia, porque ésta es la síntesis de Dios.

Te haremos rendir culto a la caridad, porque ésta es la personificación del creador.

Te haremos descifrar el jeroglífico de la muerte.

Te haremos resolver el problema de la vida.

Te enseñaremos a esperar, porque te haremos creer.

Te llevaremos por la senda del progreso a la Basílica de la civilización, para que en ella adores «la trilogía eterna que es la naturaleza, la libertad y Dios.» (1)

(1) Castelar.

Si, espiritistas, esto debemos hacer; formemos un plan de estudios y llamemos a la infancia, o por mejor decir, a padres y tutores de esos tiernos niños que han nacido entre piedras; entre piedras, sí; por un lado, las ruinas del mundo antiguo, que aún conservan el calor de las hogueras... por el otro las montañas perforadas para que pasen las locomotoras.

Digámosle a nuestra generación dualista, lo que dice Víctor Hugo: “que si no hubiese amor, se apagaría el sol.”

Probémosle que el amor no debe considerarse en el estrecho límite de que solo se manifiesta uniendo las razas.

El amor no es como lo han pintado los pesimistas diciendo que era el cambio de dos caprichos, y el contacto de dos epidermis. No, mil veces no; el amor es otra cosa, nace en el insecto y se pierde en el infinito.

En la naturaleza todo funciona a impulsos del amor. La misma destrucción obedece a un principio amoroso.

¿Las metamorfosis de los planetas, las mejores condiciones que adquiere en su atmósfera, en su suelo y en todas sus especies, que otra cosa son, que manifestaciones de amor, de la siempre pródiga naturaleza?

Ahora bien; ¿han de ser los hombres inferiores en sentimientos a las demás especies de la creación? no; y principalmente los que tienen que cumplir la sagrada misión de padre. A esos nos debemos dirigir, diciéndoles:

Si queréis a vuestros hijos, dadles instrucción, porque una buena educación es la mejor herencia que les podéis dejar.

El Espiritismo es la escuela filosófica más adelantada de nuestros días, la que mejor llena el vacío que hay entre Dios y el hombre. Si amáis a vuestros hijos, afiliados a ella y tratad de inculcar en la mente de los pequeñitos los principios de justicia y de benevolencia.

Si, espiritistas, propaguemos de este modo la buena nueva, practiquemos el amor y la caridad; ésta no consiste únicamente en dar una limosna en ropas o en dinero.

La instrucción es el traje del espíritu, abriguemos pues a éste. Vistamos el espíritu desnudo, con todo el lujo y la magnificencia del talento. Con todas las galas de la ciencia y la sencillez de la verdadera sabiduría. Con todos los encantos de la sensibilidad. Con todos los perfumes del compasivo amor.

¡Espiritistas! amáis vuestra doctrina? Si la amáis, instruid a los niños, para que éstos con sus virtudes propaguen la buena nueva y sean los apóstoles del porvenir.

A la memoria de Allan Kardec

I

Muchos los genios son que en este mundo
han dejado un recuerdo
de su saber profundo;
intrépidos guerreros
conquistaron los pueblos, y marcaron
con lágrimas y sangre sus linderos.

Grecia en las artes alcanzó la palma
sin rival en la tierra, sus artistas
el aliento supremo de su alma
trasmítieron al lienzo,
y a el mármol que dormía.

¡Cleanto de Corinto! ¡Apeles! ¡Fidias! ...
¡cumplisteis como buenos!
difundiendo a torrentes la belleza;
¡salud, nobles espíritus! las artes
os deben su prestigio y su grandeza.

¡La palabra! ese don inestimable,
Pericles, rey de Atenas, poseía,
Demóstenes también, inimitable,
las muchedumbres, tuyas, las hacía;
mas a pesar de todo, entre cadenas
su vida concluyó la sabia Atenas.

Grecia se hundió, y Roma, siempre altiva,
quiso fundir en una a las naciones;
volcán de este planeta, de su cráter
brotaron sin cesar emperadores
que a polvo redujeron
los dioses que ellos mismos levantaron,
la púrpura imperial la desgarraron
y entre el fango y la sangre la perdieron,
los siglos transcurrieron
y ruinas solamente nos quedaron,
que las plantas parásitas cubrieron.

El poder de la fuerza pasa y muere,
no el de la inteligencia,
de César y Alejandro la memoria
solo vive en la historia:
de Galileo y Kepler, Colon y Newton,

se respeta y se admira su grandeza
y el de tantas abejas industriosas
que guarda la colmena de la ciencia.

¿Quién no se para absorto y extasiado
ante el sabio holandés (1) que el microscopio
tau admirablemente ha graduado,
que «el infinito vivo»
cual dice Michelet, nos ha mostrado?
Si a cada genio nuestra voz le diera
cariñoso saludo,
nuestro canto jamás se concluyera,
que muchos son los sabios que a la tierra
le han servido de escudo,
evitando que el mundo en su carrera
sufra ese choque rudo
a que le precipita la ignorancia
de la masa común; que nace y muere,
sin despertar del sueño de la infancia.

(1) Swamerdam, que nació en Ámsterdam en 1637. Fue el que inventó el microscopio.

Sí; los sabios han sido,
son, y siempre serán, mantenedores
del combate campal de los planetas:
ellos dan a los mundos
condiciones mejores;
ellos nos llevarán a otras esferas,
nobles conquistadores
son del progreso santo:
¡Salud y paz insignes gladiadores
que en el Circo lucháis del adelanto!

II

Uno de los pecados cuya huella
nunca la humanidad de sí ha borrado,
es el olvido; mariposa eterna
es nuestra sociedad; sus alas tiende,
y vuela, y vuela, sin fijarse nunca
en mirar quién la compra ni la vende.

Kristna vino a la tierra, después Cristo,
y la moral sublime predicaron,
algunas almas buenas los siguieron,
los siglos en el caos se confundieron
y al Redentor los hombres olvidaron.

Y aunque varios le siguen todavía,

sus dogmas y sus ritos,
¡distan tanto de ser la copia exacta
de aquel original noble y bendito!

Ha tenido tan malos traductores
la tragedia del Gólgota! ¡Oh Dios mío!
¡que un manantial de luz, de fe y de amores...
¡ay! lo trocaron en sangriento río!...

Si, lo has trocado, si, raza deicida
en tu razón cayó gota serena:
y ciega ibas a estar toda tu vida
gimiendo y arrastrando tu cadena,
si a principios del siglo diecinueve
un niño no exhalara su vagido
en la vecina Francia;
un nuevo redentor que vino al mundo
a hundir entre la sombra a la ignorancia,
un ser que consagró su vida entera
al estudio más grande y más profundo;
un ser que traspasó la azul esfera,
y fue siguiendo al hombre en su carrera
a través del espacio y de los mundos.

Entonces, firmemente convencido,
la verdad espiritista proclamada
fue por Allan Kardec; lo escuchó el hombre:
y al ver que el porvenir no era la nada,
ni el cielo, ni el infierno doctrinario
lanzó una carcajada...

¡ingrata sociedad! del digno sabio,
del gran Allan Kardec hiciste mengua;
mas la baba que brota de tus labios
no quema más que tu infamante lengua.

¡Allan Kardec! ¡espíritu elevado!
¡alma sublime, enamorada y pura!
tú el progreso en la tierra has implantado,
por ti la luz de la razón fulgura.

Matemáticamente has demostrado
que el presente es efecto del pasado,
que hoy trazamos la historia del futuro,
y aunque esto nos parezca un sueño vano,
el águila que anida en el espacio
un día se confundió con el gusano.

Con dicción clara, fácil y sencilla,
la crónica escribiste de la vida,

pintando las grandezas mundanales
cual nubes de vapor desvanecidas.

Diciendo que, Nerón, el que quemaba
por entretenimiento las ciudades,
para que antorchas fueran
de sus torpes e impuras bacanales,
y Felipe segundo, el rey maldito
que los autos de fe le recreaban,
al dejar su envoltura se encontraron
que de la eternidad eran la escoria;
sus víctimas en jueces se tornaron,
y el proceso escribieron de su historia,
y fueron sentenciados los tiranos
a volver a la tierra, siendo esclavos
los que al mundo asombraron con su gloria,
que ésta es la ley que al universo rige,
¡ley de compensación! ¡ley expiatoria!

¡Allan Kardec! esto dijiste al hombre,
al ver que se lanzaba en el abismo,
al ver que quiere conquistar un nombre
haciendo solo el mal, por el mal mismo.

¡Grande fue tu misión! mucho más grande
de lo que el mundo piensa; todavía
la envidia te persigue, está aún latente.
Mas espera y confía;
que cuando el tiempo santifique al sabio,
los más doctos varones
que a tu ciencia locura le llamaron,
venerarán tus obras inmortales;
y a tu sabiduría
culto le rendirán, y única escuela
será ¡oh Kardec! tu gran filosofía.

¡Gloria eternal al sabio de los sabios!
grandes hombres la tierra ha poseído,
mas sin hacer a su grandeza agravios
diré que tus satélites han sido.

Tu eres el Sol que irradia sobre ellos;
porque ellos no han mostrado
la vida de ultratumba,
y su centro de acción pequeño ha sido
estrecho, limitado...
mientras que tú, rompiendo tradiciones,
necias aberraciones,
que a la humana razón aprisionaban

dentro de inexpugnable circuito;
nos probaste con hechos convincentes
que el Ser omnipotente
nos da por patrimonio el infinito.

Y los seres que ayer hemos perdido
por ti ¡oh Kardec! los hemos rescatado,
y el dulcísimo lazo de la vida
por ti, solo por ti se ha reanudado.

¿Quién más grande que tú? nadie en la tierra,
nadie te puede arrebatarte tu gloria;
¡espiritistas! nuestra voz unamos,
bendigamos del justo la memoria.

¡Nos ha hecho tanto bien! le hemos debido
la regeneración de las ideas;
mi espíritu por él fortalecido,
¡jamás, jamás le entregará al olvido!
siempre diré ¡Kardec! ¡Bendito seas!

1877

A Francia

¡Francia! no envidio tu gloria,
ni tu civilización,
ni tu gran Napoleón:
moderno Dios de la historia.

Que de victoria en victoria,
con entusiasmo profundo,
con arrojo sin segundo
fue conquistando naciones,
cubriendo con sus pendones
la superficie del mundo.

No envidio, no. tu grandeza,
sino el ser patria de un hombre,
a cuyo preclaro nombre
a rendirse culto empieza.

Un genio que la tristeza
a la muerte le quitó,
un sabio que descubrió
los mundos del infinito.

¡Profeta que dejó escrito
lo que nadie concibió!
¡Allan Kardec! ¡noble loco!
que en su grandiosa locura,
mostró que la sepultura
era del progreso el Foco;
diciendo que poco a poco,
iba el hombre adelantando,
su espíritu progresando
sin límite ni medida,
sí aquel pasaba su vida,
bendiciendo y perdonando.

Ese genio prepotente
sí que te lo envidio, Francia;
¡álzate con arrogancia!
¡serás grande eternamente!

Que en tu suelo, voz potente,
eco fiel de la verdad,
le contó a la humanidad
la historia de su pasado,
y los hombres han hallado,
a Dios en la eternidad.

No te envidio, Francia, el vuelo
de tus águilas gigantes;
¡sino los breves instantes
que Kardec pisó tu suelo!
¡tuyo fue su noble anhelo!
¡tú le vistes sonreír!...

¡viste a su cuerpo morir! ...
¡guardas su cuna y su tumba!
¡aunque la tierra sucumba! ...
¡no temas al porvenir! ...

1877

Confidencia

PASANDO una tarde por el jardín de un pequeño palacio, en compañía de una amiga del alma, me encontraba en una de esas horas de inexplicable impresionabilidad, en que tenemos una percepción más delicada, una sensibilidad más exquisita, horas de verdadera vida, porque la existencia sin el sentimiento es un árbol sin fruto.

Hay seres que ejercen sobre nosotros una dulce influencia, que nos acarician con sus miradas, y nos consuelan con sus palabras; y mi amiga Enriqueta es una de ellas; por eso sus menores movimientos, sus más leves preguntas las escucho con interés, porque más de una vez me ha hecho sentir con sus relatos, y la tarde a que me refiero me hizo llorar por un ser que nunca vi en la tierra.

Estaba el jardinero sembrando algunas semillas, y Enriqueta se detuvo ante él, preguntándole con acento ligeramente conmovido:

—Genaro, ¿y mi maceta de claveles?...

—Yo no creo que esté perdida, señora, pero por si acaso retoña, la sigo regando.

-Si; sí; Genaro, riéguela usted con el mayor cuidado; no sé por qué, pero de tantas flores como hay en el jardín, ninguna me parece que es mía, más que esa pobre mata de claveles.

—Lo que es por mí no quedará, señora, la cuidaré como si fuera un rosal de Bengala o una camelia.

—Para mí vale más que todos los rosales y las camelias del mundo.

—¿Por qué, Enriqueta? le pregunté afanosa; —despiertas mi curiosidad en sumo grado.

—Todos los que emborronáis papel cogéis al vuelo una palabra para comentarla después.

—Que sería de la humanidad si no tuviera cronistas: pero ven, siéntate aquí, la tarde está en calma, el sol pálido y el cielo cubierto de una gasa azul; es la hora de las confidencias, cuéntame la historia de esa planta.

—Lo menos te figuras tú que te voy a contar algún episodio extraordinario, y no es nada de eso, tú misma juzgarás.

—Te escucho atenta, da principio.

—Pues bien, ya sabes tú mi modo de pensar, que me gusta enjugar algunas lágrimas siempre que puedo, y hasta dónde alcanzan mis fuerzas, y como esto lo sabe mucha gente, nunca me falta tierra donde sembrar, y te aseguro que quisiera ser inmensamente rica para hacer muchas obras de caridad, pero ya se ve ¡hay tantos pobres en el Mundo! que es imposible remediarlos a todos: en fin, yo abro el camino para que otros me sigan.

—¡Pluguiera al cielo que todos los ricos fueran como tú, amiga mía!, mas prosigue, sin digresiones.

Hace algún tiempo, me hablaron de una familia compuesta de la madre y dos hijos, que habiendo estado bien, las vicisitudes los habían hundido en la miseria, y la enfermedad del hijo mayor acabó de sumergirlos en la desesperación, o mejor dicho en el más triste desconsuelo, porque aquellas almas tan buenas no se desesperaban jamás.

Fui a verlos y nunca olvidaré el cuadro que encontré; en un cuarto pequeño, pero limpio, estaba un joven de unos 28 años vestido pobremente, envuelto en una manta agujereada, estaba sentado en una silla baja y el codo apoyado en una silla alta, donde había un lío de trapos que le servía de almohada a aquella cabeza distinguida y espiritual.

Su frente pálida ardía bajo el peso de una fiebre intensa, sus ojos grandes, dulces y tristes, se fijaban en su madre y en su hermano, que le miraba queriendo sonreír a través de su llanto.

¡Qué espectáculo tan doloroso era aquel y tan tierno al mismo tiempo! Aquellos tres cuerpos estaban refundidos en un alma, solo con las miradas se entendían, no necesitaban hablarse; mártires del trabajo habían luchado tanto y aún más de lo que habían podido, hasta que un día en que el pobre Pepe dijo a su madre. ¡Ay! madre mía!... no puedo trabajar, la tisis me rinde por completo.

Cuando yo le vi, sin tener siquiera donde reclinar su fatigado cuerpo, inmediatamente los hice mudar de casa y les di cama, ropa y alimentos para el infeliz enfermo, que me quería con religiosa veneración.

Hice cuanto me fue posible para hacerle vivir, pero todo fue inútil. Llegó un día en que Pepe llamó a su madre y la dijo: ¡Madre mía! conozco que voy a morir, nada tengo, nada poseo, de consiguiente nada le puedo dejar a nuestra bienhechora, a ese ángel bueno que Dios nos ha mandado, para hacerme morir tranquilo; solo tengo esa maceta de claveles, llévesela usted madre, y dígame que la conserve en memoria mía, y pronunciando mi nombre expiró; la madre cumplió fielmente la última voluntad de su hijo y me trajo la planta, que al verse sin su dueño, parece que ha enfermado de pena y también ha muerto; ven y la verás, y me condujo al sitio donde entre otros tiestos estaba la herencia de la gratitud.

Con profundo sentimiento contemplé aquellas hojas secas, y con religiosa ternura dejé en ellas un beso.

No sé por qué, me replicó Enriqueta, con esta pobre planta me sucede lo que no me ha pasado con ninguna; ya ves si yo habré tenido flores en mis jardines, pues ninguna me ha parecido tan mía como ésta, las demás me parece que no me pertenecen y sólo estas mustias hojas se me figura que son realmente mías.

—Pues yo encuentro muy natural lo que te sucede; las demás flores te las proporciona el lujo de tu opulencia, y en cambio esta mata de claveles la has adquirido en recompensa de tu ardiente caridad.

Tienes razón; de cuantas flores te rodean, esta planta marchita es la única que legalmente te pertenece: por eso tus delicados sentimientos te unen a ella con tan especial simpatía, si no retoña debes guardarla tal como está.

—Ya lo creo que la guardaré toda mi vida, y dirigió a la maceta una mirada tierna y triste a la vez.

Con pena dejé aquel paraje y me despedí de Enriqueta, llevando grabada en mi memoria la historia de la planta de claveles. ¿No es verdad que conmueve este melancólico episodio?...

¡Cuántos mártires tiene la miseria! ¡Pobre Pepe! cuanto debió sufrir antes de conocer a Enriqueta.

Si los poderosos de la tierra comprendieran la gran misión que traen a este mundo, ¡qué felices serían ellos y cuántas lágrimas podrían enjugar!

¡Hay nada más hermoso, más dulce, ni más grande que la débil criatura en imagen de la providencia!...

¡Qué valen las recepciones oficiales, los grandes bailes, las ruidosas cacerías, los regios trenes, en comparación de ese íntimo placer, que siente el alma cuando le decimos a uno de los muchos Lázaros que tiene la miseria ¡Levántate y anda!

Cuando aquel ser se levanta, cuando aquel cuerpo cadavérico por la inanición del hambre recobra vida, la mirada de aquellos ojos agradecidos tiene más poesía y más sentimiento que todos los poemas de Milton y de Homero, del Dante y del Petrarca.

Es bien imbécil la humanidad, siquiera por egoísmo debía mejorar sus costumbres; porque nada hay en la tierra que nos deje tan dulce recuerdo como una mirada de gratitud.

Me dirán que hay muchos seres ingratos, también es verdad; pero el primer momento de impresión no hay maldad suficiente en el hombre para petrificar en absoluto su corazón.

Recuerdo que un día fui a ver a una pobre mujer que estaba enferma en el hospital; junto a su lecho había otra cama donde dormía una joven, admirablemente hermosa, y me llamó la atención que por encima de la colcha se cruzaban unas tiras anchas de lienzo blanco sujetando a la enferma.

—¿Está loca esa joven? —pregunté a una hermana de la caridad. —No, señora, padece convulsiones tan fuertes que si no estuviera ligada a la cama se hubiera roto la cabeza hace mucho tiempo.

Me acerqué a mirarla y se despertó. Cuando fijó sus ojos en mí, hubo de leer en los míos la profunda compasión que me inspiraba, y me miró de una manera que no lo olvidaré jamás.

Hay miradas indescriptibles, que cuentan una historia, y la de la pobre enferma fue una de ellas, tan subyugada me sentí por su expresión, que la besé en la frente con la mayor ternura, y entablamos un diálogo tan comunicativo como si desde niña nos hubiéramos tratado.

Cuando dejé aquel lugar su mirada magnética me siguió, y al domingo siguiente cuando volví la encontré sentada en la cama esperando mi llegada. Más de una hora estuve a su lado, y aquella pobre criatura no sabía cómo demostrarme su gratitud, sola en el mundo,

recién llegada a Madrid había caído enferma, y hacía tres meses que nadie se acercaba a su lecho a preguntarle ¿cómo estás?

Nos dimos cita para el domingo siguiente, y toda la semana pensé constantemente en la pobre Cecilia: llegó por fin el día festivo, y fui al hospital, donde recibí una triste impresión; en la cama de Cecilia encontré a una anciana, contándome la enferma a quien yo visitaba anteriormente, que Cecilia había muerto hacía dos días, encargándole ésta eficazmente que me dijera que se moría pensando en su madre y en mí.

Al escuchar estas palabras, dulces lágrimas brotaron de mis ojos, llanto de gratitud a la providencia que me había concedido poder bastante para hacer menos amargas las últimas horas de la pobre Cecilia.

Todos podemos consolar, los ricos en muchos sentidos, los pobres con nuestra ternura, con nuestra solicitud, interesando a los poderosos en favor de los necesitados. Todos podemos ser útiles sin gran sacrificio, todos sin un enorme trabajo podemos proporcionar a los desgraciados un momento de placer.

Hace pocos días vi una escena que me conmovió profundamente; un pobre mudo llegó al piso segundo de una casa a pedir con sus gritos guturales una limosna; abrieron la puerta, y viendo que era un mendigo cerraron bruscamente, y el infeliz, con la rabia de la desesperación, daba golpes sobre golpes en la puerta que no volvió a abrirse.

Al fin bajó aquel desgraciado, y en el piso principal una niña le aguardaba, y le dio pan, fruta y dos monedas de cobre; el cambio que se operó en el semblante del pobre mudo no hay frases bastante elocuentes para describirlo.

¡Qué mímica tan expresiva!...

¡Qué miradas tan conmovedoras!

Ni Kean, ni Taima, ni Romea, hubieran podido imitarlas.

Con la mirada iracunda y la mano cerrada en ademán amenazador, señalaba al piso segundo, y después miraba a la niña, y se llevaba las manos al corazón saludándola con la cabeza, riéndose con la alegría de un niño.

¡Con cuán poco aquel desgraciado fue feliz algunos momentos!...

Escuchemos siempre la queja del que llora; si algo puede sonreírnos en la vida es el recuerdo de las buenas obras que hayamos podido hacer.

He tratado mucho a una mujer profundamente desgraciada, que donde posa su planta, la tierra huye de sus pies; pues bien, cuando la he visto rodeada de sus hijos que le pedían pan y no tenía que darles, le he preguntado para dulcificar sus pensamientos:

—¿No has sabido nada de Margarita? En seguida sus ojos se han animado, y los niños le han dicho:

—Mamá, cuéntanos como recogiste a Margarita.

—¡Pobrecita! ¡parece que aun la veo! era un día de agua que ¡bendito sea Dios! ni el diluvio universal; yo venía de probar un vestido, cuando vi a Margarita sentada junto a una puerta llorando a gritos; le pregunté por qué lloraba, pero apenas sabía hablar y no

hacia más que llamar a su padre; comprendí que se había perdido, y le dije, vente, vamos a buscar a tu padre.

Me llegué a la alcaldía y di aviso que me llevaba aquella niña a mi casa hasta que la reclamaran: y me la traje, la desnudé, la lavé toda porque se había llenado de barro y la acosté en mi cama dándole de comer, le lavé toda la ropita, la sequé al brasero y se la planché: y luego me puse a coser toda la noche para desquitar el tiempo que había perdido, porque tenía labor con mucha prisa.

Margarita dormía como si estuviera en brazos de su madre; a la madrugada se despertó, llamó a su padre, la di bizcochos y se durmió sonriéndose. Por la mañana la vestí, la peiné muy bien y la di chocolate: cuando lo estaba tomando, oímos la voz de un hombre que gritaba: ¡Margarita! ¡Margarita!

—¡Mi padre! gritó la niña, ¡mi padre! y hombre del pueblo que la cogió en sus brazos, y lloraba y reía a un mismo tiempo, cayendo de rodillas, porque la sensación suprema que sentía lo impulsaba a bendecir a Dios.

Un ángel postrado delante del Eterno no tendrá la cara más radiante de felicidad que lo estaba el rostro de aquel hombre contemplando a su hija.

Me colmó de bendiciones, y no sabía el infeliz qué hacer para demostrarme su gratitud. Al fin cogió a Margarita en sus brazos, la que lloraba porque no quería separarse de mí.

¡Pobrecita! era huérfana de madre.

Se fueron, pero nunca, nunca he podido olvidar la expresión del semblante de aquel hombre cuando encontró a su hija: por aquel momento de placer bendito que proporcioné a un padre amante, me alegro únicamente de haber venido a este mundo: porque recordando aquellos instantes, creo que mi paso por este planeta no ha sido estéril.

El recuerdo de Margarita es lo único que me hace sonreír en medio de tantos infortunios.

Los niños la escuchaban embelesados y no se acordaban de pedir pan.

La memoria es el infierno de los delincuentes y el paraíso de las almas buenas.

¡Dichosos los ricos que practican la caridad! La soledad no existe para ellos, viven con sus recuerdos, ¡escuchando una melodía vaga formada por el eco de las bendiciones de las almas agradecidas!

¡Bendita, bendita sea la caridad!

A los buenos espíritus

Que inefable beatitud
y que dulcísima calina,
se apodera de mi alma
cuando el bien y la virtud
me inspiráis; la gratitud,
inunda todo mi ser
de un inefable placer;
tan inmenso y tan profundo,
que no hay frases en el mundo
para hacerlo comprender.

Cuando el alma dolorida
no encuentra a su mal remedio,
cuando nos abruma el tedio,
¡cuánto nos pesa la vida!...
Cuando mirarnos perdida
nuestra postrera ilusión,
y la última decepción
hace el corazón pedazos...
cuando se rompen los lazos
que ataban nuestra razón.

Entonces, nuestra memoria,
crónica fiel del pasado,
que los hechos ha guardado
de nuestra doliente historia,
va, presentando la escoria
de todo cuanto pasó,
y ¡ay! de aquel que nada vio
que en su ayer le sonriera;
¡ay! de aquel que en su carrera
nunca reposo encontró.

¡Desgraciado! ¡cuán pesada
se hace entonces su existencia!
sin recuerdos, ni creencia
¿qué le resta al hombre? —¡Nada!
para seguir su jornada
le falta aliento, vacila;
duda de todo, y oscila
su quebrantada razón,
falta la refracción
en su apagada pupila.

¡Cuán triste es vivir así!...

así viví en mis enojos,
que todo ha tenido abrojos
en el inundo para mí;
¿por qué en la tierra nací? ...
¿por qué mi existencia fue,
sin esperanza, sin fe,
y todo lo vi sombrío,
y la copa del hastío
en mi dolor apuré?

Mil veces me he preguntado
el porqué de este problema;
he sentido el anatema
pero su causa he ignorado;
porque al ser por mí juzgado
mi sentimiento, no hallaba
una razón, y pensaba
en todo... menos en Dios;
¡y tras de un algo iba en pos;
algo que nunca alcanzaba...!

Y como hoja sacudida
por rugiente vendaba,
seguí la senda fatal
que nos hace odiar la vida;
y sin punto de partida
este mundo fui cruzando,
al espacio preguntando
¿cuándo llegaré a la cumbre? ...
mas mí misma pesadumbre
me iba al abismo empujando.

Hasta que una voz oí,
que me hizo quedar cautiva;
porque dulce y persuasiva
me dijo: «Apóyate en mí,
ven conmigo, para ti
soy el bíblico Jordán,
donde los sedientos van
para calmar su fatiga:
escucha mi voz amiga
y tus penas cesarán.»

«Yo te diré lo que has sido,
cambian de forma los seres,
no fuiste lo que ahora eres
por más que siempre has vivido;
el espíritu, aturdido

se suele a veces quedar;
pero vuelve a despertar
y sigue, sigue adelante,
por ver si puede triunfante
alguna vez exclamar.»

«Atonto en el orbe fui
de sutilísima esencia,
que plugo a la providencia
fijar su mirada en mí.
Aliento a los cuerpos di,
por mí vivió el mineral,
por mí el reino vegetal
tuvo su histórica historia;
y le di al bruto memoria;
he hice al hombre racional.»

«Y al hombre con su razón
hice agricultor y artista,
y de conquista, en conquista,
llegó a la emancipación.
Y a la civilización
hice que le alzara altares,
y en los montes y en los mares
le dije, posa tu planta,
y camina y adelanta,
y búscate nuevos lares.»

«Yo gemí con la mujer,
yo di vida a su sonrisa,
yo la hice sacerdotisa
del amor y del deber;
yo al hombre impulsé a crear,
purifiqué su organismo
porque se miró a sí mismo,
y le asustó su miseria,
y quito de su materia
la lepra del egoísmo.»

«Y en ángel ya convertido,
libre, ligero y gentil,
de una materia sutil
formé mi eterno vestido.

Del progreso indefinido
sigo la senda bendita;
en mi carrera infinita
voy difundiendo la luz:

y ayudo a llevar la cruz,
a la humanidad proscrita.»

«Esta es la misión del hombre,
la suprema perfección;
de tu regeneración
eres dueña, no te asombre;
puedes conquistar un nombre;
ten para ello voluntad,
de la santa caridad
y de la ciencia, ve en pos,
y ya encontrarás a Dios
en la luz de la verdad.»

Yo que en nada había creído,
yo que en nada había esperado,
yo que el mundo había mirado
como un paraje de olvido;
al saber que hemos vivido,
que hoy vivimos, y mañana
vivirá la raza humana
por sí sola engrandecida,
miré un edén en la vida,
y adoré la fe cristiana.

Mas a pesar de mi fe,
a pesar de que la razón
me da la fiel convicción
que a ser grande llegaré;
cuando pienso... no sé qué...
cuando en triste vaguedad,
mi mente, en la soledad
y en el silencio se abisma:
y me pregunto a mí misma,
mi loca temeridad,

Me dice con triste acento:
«llora, pobre ser perdido,
que por nadie repetido,
será tu postrer lamento.
Cual hoja que lleva el viento
irás cruzando la tierra
que para ti nada encierra
que te halague y te sonría;
¡llora en tu eterna agonía!
¡llora, que Dios te destierra!»

Y lloro en mi amargo duelo

con un dolor tan profundo,
que no encuentro en este mundo
para mis penas consuelo;
y con afanoso anhelo,
voy en pos de lo inmóvil
con una angustia indecible...
con tan extraño delirio...
que acrecienta mi martirio...
¡oh! de un modo inconcebible.

Y cuando ya fatigada
mi pobre cabeza inclino,
y contemplo mi camino
y mis ojos no ven nada;
cuando mi eterna jornada
la miro y me causa espanto,
cuando sufro tanto... tanto...
que ni tierra halla mi planta,
murmura un eco «levanta
que yo enjugaré tu llanto.»

Y entonces fieles amigos
a quienes escucho anhelante
me dicen con voz amante
«perdona a tus enemigos:
de tus dolores testigos
todos tus hermanos son,
y con justa abnegación
todos tienen para ti,
amor del que no hay ahí
ni la más leve noción.»

«Te quieren de una manera
tan grande y apasionada,
que en ti fijan su mirada
como en la humanidad entera.
Nunca el hombre en su carrera
solo se encuentra, jamás;
siempre adelante y atrás
encontrará quien le guíe;
alienta, vive y sonríe,
ten valor, y llegarás.»

«No desfallezcas, la vida
es noble, de Dios hechura;
momentánea es la amargura,
la ventura indefinida!
con un amor sin medida

engrandece la existencia,
que la sabia providencia
tiene cuidados prolijos,
con aquellos de sus hijos
que aman el bien y la ciencia.»

Cuando escucho estas razones,
siento un placer tan intenso,
tan profundo, tan inmenso,
que nunca mis expresiones
pintarán las sensaciones
que agitan mi corazón,
no; no hay significación
en la tierra todavía,
es pobre la fantasía
y es árida la razón.

¡Espíritus!... ¡consejeros
de mi razón conturbada!
cuando yo tenga saldada
mi cuenta, y pueda ir a veros,
cuando deje estos senderos
que con mi llanto regué,
entonces sí que os diré
lo que al oídos sentí;
hoy solo puedo, ¡ay de mí?...
pediros aliento y fe.

Fe y aliento necesito,
no me dejéis, os lo ruego;
sin un guía ¿qué hará el ciego? ...
como leproso maldito,
como mísero proscrito,
por la tierra vagará;
y aunque de ese más allá...
muchos tienen intuición,
por vuestra predicación,
sabe el hombre a dónde va.

¡Espíritus?... a instruir
estáis llamados, el mundo
con un estupor profundo
os escucha, el porvenir
a vosotros definir
os toca; entrar en acción,
nuestra regeneración
no pedimos a vosotros;

pero sí que unos y otros
trabajemos en unión.

Tenemos libre albedrío,
pero siempre un buen consejo,
le sirve al joven y al viejo,
en vuestro amparo yo fío,
cuando comprendáis que el frío
del desencanto, mi ser
entumece; y que a caer
voy por mi culpa en el lodo,
habladme, habladme del Todo
y volveré a renacer.

¿Verdad que lo haréis? sí; sí;
vosotros sois nuestros guías,
vuestras sabias profecías
que encuentren un eco en mí;
yo quiero salir de aquí,
y para eso es necesario,
que mi cruz hasta el calvario
la lleve; su enorme peso,
si lo aligera el progreso,
llevadme a su santuario.

Llevadme, sí; yo os lo imploro,
espíritus invisibles,
vuestrs brazos intangibles
tendedme, y en dulce coro
al Dios que adoráis y adoro,
alcemos una oración,
para que su redención
alcance la humanidad;
y así tendrá la verdad
el cetro de la razón.

¡Espíritus! venceremos
si nuestras fuerzas unimos,
si mutuamente pedimos
la victoria alcanzaremos.
Todos compactos haremos
un milagro sin rival;
el adelanto social
será nuestro capitolio
y pondremos en un sólio
al progreso universal.

Derribemos las fronteras
que hoy separan a los mundos,

y los océanos profundos
convirtamos en riberas:
donde eternas primaveras
tiendan sus mantos de flores,
y astros de vivos colores
presten calor a las almas,
y a la sombra de las palmas
no haya esclavos ni señores.

¡Espíritus! ¡cuán hermosa
y cuán noble es nuestra ideal
¡atrás la incendiaria tea! ...
¡atrás la opresión odiosa?...
ya la ignorancia reposa
en su enlutado ataúd,
y llena de juventud
se presenta la igualdad,
que dice: «ante la verdad,
sucumba la esclavitud.»

Si, espíritus; que sucumba,
que siegue su cuello el tajo
del amor y del trabajo
de este mundo, y de ultratumba;
y el zángano que no zumba
nuestro modelo jamás;
nunca quedemos atrás:
sigamos siempre adelante,
la lucha no nos espante,
que el que lucha alcanza más.

Siglos tras siglos tenemos,
mil y mil encarnaciones,
planetas en formaciones
que en edenes trocaremos;
y otros globos destruiremos,
y la eterna construcción
de la civilización
nunca, nunca cesará,
porque Dios siempre tendrá
nuevos mundos en fusión.

¡La eternidad de la vida?...
¡la eternidad del deseo!
¡el eternal himeneo
de Dios con su prometida!...
Con esa mitad querida
que es la esencia de su ser,

¡esa universal mujer
llamada naturaleza!...
¡destello de su belleza!...
¡reflejo de su poder! ...
¡Espíritus inmortales!
capítulos de la historia
somos; sigamos con gloria
nuestros destinos fatales.
Démonos en nuestros males
consuelo, sea nuestra unión
áncora de salvación
de la vieja humanidad
que encuentre en la eternidad
la tierra de promisión.

1877

El Espiritismo

EL Espiritismo es, sin duda alguna, la escuela filosófica que más engrandece al hombre, porque le da a su alma completa libertad para elegir camino, sin hacer a nadie responsable de sus actos: siendo el espíritu juez de sí mismo, y víctima de sus propios desaciertos.

Cuando se leen las obras sagradas, es cuando se nota la gran diferencia que existe del sectismo religioso, al racionalismo filosófico, y causa un verdadero asombro, ver el envilecimiento a qué ha estado reducida la humanidad, por tantos y tantos siglos.

El maquiavelismo empleado por los padres de la iglesia dio un maravilloso resultado, el quietismo se apoderó de los espíritus, y éstos, no rechazaron ni el vicio ni el crimen; porque en la inercia absoluta estaba concentrado el culto absurdo que le rendían a Dios.

La Guía Espiritual, de Molinos, que apareció en Roma en 1675, empequeñece al hombre de tal manera, que lo convierte en débil instrumento del materialismo más grosero.

Triste época fui la del quietismo, en que los hombres por si mismos se paralizaron, inutilizándose por completo, inmolando su voluntad, su yo, su personalidad, en aras de un Dios, inadmisibles para la razón.

Tiempo fatal en que la mujer escribía cartas tan humillantes como la que escribió Madama Guyon a Bossuet, que terminaba así:

«Decís, Monseñor, que no hay más que un reducido número de personas que experimenten esta dificultad de obrar: yo os aseguro que son muchas... Cuando me habéis hablado de pedir y desear, me he sentido como un paralítico a quien se obliga a andar, porque tiene piernas; cuantos esfuerzos hace para ello, no sirven sino para demostrarle, cada vez más, su impotencia.

» Dice normalmente: Todo hombre que tiene piernas debe andar. Es cierto, lo sé: sin embargo, yo las tengo, y siento perfectamente que no me puedo servir de ellas.»

¡Qué anonadamiento tan miserable!

¡El alma!... ¡El alma! ¡cosmopolita de todos los tiempos! ¡dueña de sí misma, libre en su eterno albedrío, abdicar sus legítimos derechos! ¿en quién? En hombres que escribían libros para embrutecer a la mujer o para enloquecerla con teorías extravagantes, fuera de los límites del sentido común.

Parece increíble que los hombres y las mujeres se hayan rebajado hasta tal punto: y si bien la Guía, de Molinos, doce años después de su aparición, la inquisición de Roma la condenó y retuvo prisionero a su autor, la perniciosa semilla que el buen padre sembró, dio sus frutos, y perfectamente sazonados; porque es muy acomodaticio el método del aletargamiento.

Dicen que los espiritistas tenemos pacto con el diablo: si tal personalidad existiera, ella debió inspirar a Molinos para escribir su Guía, que tiene párrafos admirables, dignos de transcribirse. Veamos algunos de ellos:

«Obrar, esto es propio de un novicio; padecer, esto ya es aprovecharse; morir es la perfección... —No leamos nada, no pensemos en nada absolutamente. Un maestro práctico, nos dirá mucho mejor que todos los libros lo que es menester hacer de momento. Grande e incomparable ventaja es la de tener un guía experimentado que nos gobierne y nos enseñe, según sus luces presentes, y nos impida ser engañados por el demonio o por nuestros sentidos.

» No es menester, si peca, que se inquiete por su pecado. Atormentarse por ello, sería dar una prueba de que conserva todavía un germen de orgullo... Es el diablo que, con objeto de detenernos en nuestra senda espiritual, nos induce a ocuparnos de nuestras culpas. ¿No sería estúpido que aquel que corre se detuviera, después de haber caído, a llorar como un niño, en vez de proseguir su carrera? Estas caídas producen en nosotros el excelente efecto de preservarnos del orgullo, que es la mayor de todas. Dios convierte en virtudes nuestros vicios, y éstos, por los cuales creía el diablo arrojarnos al abismo, se truecan en escalera para subir al cielo.»

En las declaraciones de Molinos, hay varias proposiciones que merecen capítulo aparte; pero no podemos menos que ceder a la tentación de copiar un pequeño fragmento:

(Dios, para humillarnos, permite que a ciertas almas perfectas (en estado lúcido) el diablo les haga cometer ciertos actos carnales... contra su voluntad. En este caso, como en otros muchos, que sin esto, serían verdaderamente culpables, No existe pecado, puesto que no ha habido consentimiento...

Puede suceder que estos violentos movimientos que inducen a cometer actos carnales, tengan lugar en dos personas; un hombre y una mujer, en el mismo instante.»

No podíamos nunca creer que un alma perfecta, en estado lúcido, se entregara completamente al sensualismo. ¡Qué modo de confundir! ¡qué manera de desvirtuar las nobles aspiraciones del alma!

La Biblia dice: mira y compara y serás consolado. Nosotros decimos: lee y compara y serás convencido.

Léanse las obras de Allan Kardec, compárense con las de Desmarests, Molinos, Fenolón, Bossuet; este último especialmente; quietista por excelencia: se contentaba con esperar, dejando que el alma fuera perdiendo poco a poco cuanto constituye su personalidad, para convertirse simplemente en cosa.

Un espiritista no sería nunca capaz de decir lo que dijo María Alalogue, cuando levantó en Francia el primer altar al sagrado corazón de Jesús, asegurando que los devotos del divino símbolo eran salvados sin condiciones, y que no era de una absoluta necesidad amar a Dios, bastaba con no odiarlo.

¡Blasfemia inaudita! ¡perdonable únicamente, porque la profería la ignorancia! ¡Qué cúmulo de anomalías! ¡Qué espantosa mixtificación! ¿Por qué habrá perdido tanto tiempo la humanidad? ¡Oh! ¡filosofía, Kardeista cuánto más conforme estás con la razón! tú dices:

La moral de los espíritus superiores, se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: Hacer con los otros, lo que quisiéramos que a nosotros se nos hiciese, es

decir, hacer bien y no mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta para sus más insignificantes acciones.

» Nos enseñan que el egoísmo, el orgullo y el sensualismo, son pasiones que nos aproximan a la naturaleza animal, ligándonos a la materia; que el hombre que, desde este mundo, se desprende de la materia, despreciando las futilidades y practicando el amor al prójimo, se aproxima a la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil con arreglo a las facultades y a los medios que Dios para probarle ha puesto a su disposición; que el Fuerte y Poderoso deben dar apoyo y protección al Débil; porque el que abusa de su fuerza y poderío para oprimir a su semejante, viola la ley de Dios. Nos enseñan, en fin, que en el mundo de los espíritus, donde nada puede ocultarse, el hipócrita será descubierto y patentizadas todas sus torpezas, que la presencia inevitable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal, es uno de los castigos que nos están reservados, y que al estado de inferioridad y de superioridad de los Espíritus, son inherentes penas y recompensas desconocidas en la tierra...

» Pero nos enseñan también, que no hay faltas irremisibles y que no puedan ser borradas por la expiación. El medio de conseguirlo lo encuentra el hombre en las diferentes existencias que le permiten avanzar, según sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfección que es su objeto final.

» Tal es el resumen de la doctrina espírita dada por los espíritus superiores.»

Y termina Allan Kardec la introducción de su filosofía, diciendo: «Concluyamos con una consideración final. Los astrónomos, al sondear los espacios, han encontrado en el reparto de los cuerpos celestes, claros injustificados y en desacuerdo con las leyes del conjunto, y han supuesto que esos claros estaban ocupados por globos inapreciables a sus miradas. Han observado, por otra parte, ciertos efectos cuya causa les era desconocida, y se han dicho: ahí debe haber un mundo, porque ese vacío no puede existir, y esos efectos deben tener una causa. Juzgando entonces la causa por el efecto, han podido calcular los elementos, viniendo después los hechos a justificar sus previsiones. Apliquemos este raciocinio a otro orden de ideas. Si se observa la serie de los seres, se encuentra que forman una cadena sin solución de continuidad, desde la materia bruta hasta el hombre más inteligente. Pero entre el hombre y Dios, que es el alfa y omega de todas las cosas, ¡cuán grande es el vacío! ¿Es razonable que en aquél cesan los eslabones de la cadena? ¿Qué salve sin transición la distancia que le separa del infinito? La razón nos dice que entre el hombre y Dios debe haber otros grados, como dijo los astrónomos que entre los mundos conocidos debía haber mundos desconocidos.

¿Qué filosofía ha llenado este vacío? El Espiritismo nos lo presenta ocupado por los seres de todos los grados del mundo invisible, seres que no son más que los espíritus de los hombres que han llegado a los distintos grados que conducen a la perfección, y de este modo, todo se encadena desde el alfa hasta el omega. Vosotros los que negáis la existencia de los espíritus; llenad, pues, el vacío ocupado por ellos, y vosotros los que de los Espíritus os reís, atreveos a reiros de las obras de Dios y de su omnipotencia.

La semilla sembrada por Allan Kardec, nos ha hecho recoger una abundante cosecha. Hombres libres, de buena voluntad, han trabajado en su propio mejoramiento, y han obtenido comunicaciones dignas de ser estudiadas muy detenidamente.

He aquí una de ellas publicada en la Ilustración Espirita «, de México, en el mes de abril del año actual. ¡Cuán buena es! Dice así:

«El tiempo ha marchado! ¡Los años han transcurrido y han formado siglos!

» Años de tan dura esclavitud, horas tan duras de lágrimas y de tormento habéis pasado, ¡pero habéis sido el rocío fecundo que hace germinar el progreso! Habéis engendrado el pensamiento, habéis traído esa libertad de conciencia, en cuyo advenimiento han trabajado tantas almas valientes.

» Hijos, aprovechad con paz y con fruto de los tesoros tan penosamente reunidos por vuestros predecesores en el campo del libre pensamiento.

» La vieja Iglesia Romana ha dejado caer esa corona que hacía de ella la soberana del Universo; su aureola se desvanece; su prestigio se pierde desde que el catolicismo ha querido sustituir al cristianismo; pero así como el señor enfrena las invasiones del Océano, el espíritu de verdad ha levantado la voz y le ha dicho: ¡Tú no irás más lejos!

» Basta de abusos, basta de tormentos infringidos en nombre del Dios de amor y de misericordia, basta de guerras emprendidas en nombre de un Dios de paz, basta de dominación a nombre del que nació humilde y pobre, basta de opresión diciendo a los desgraciados: mi yugo es suave, mi carga es ligera. Basta; el padre quiere hijos y no esclavos, quiere que las almas vengan a él libremente. Basta: tiempo es ya de que llegue a la tierra el reinado de la justicia, de la verdad y del progreso.

» Nosotros buscamos para propagar la verdadera doctrina, apóstoles fervorosos que quieran acumular tesoros para la vida eterna; pero no os horricéis, nosotros buscaremos corazones llenos del fuego del amor universal, abiertos para todos, que acogerán a todos a ejemplo de nuestro Padre Dios. Mas no fanáticos obsesores, que se atreven a decir, enseñando a nombre del Creador: Fuera de nosotros no hay salvación.

» Nosotros queremos espíritus verdaderamente desnudos de las preocupaciones vulgares, de las supersticiones que extinguen la luz y ahogan el progreso.

» Queremos libres pensadores. Si, libres pensadores en su más bella y más alta significación. Buscamos y encontramos hombres prontos a consagrarse a la felicidad de sus hermanos, hombres cuya abnegación sabrá ir hasta el sacrificio; hombres bastante grandes para no tropezar con el orgullo y caer por él. Hombres ardientes, celosos; pero no intolerantes, prontos a arrojar la maldición y el anatema contra todos los que no participan de sus creencias. Almas bastante avanzadas para comprendernos y para compadecer como nosotros todas las debilidades, para perdonar como nosotros todos los errores, todas las faltas. Espíritus capaces de ayudarnos a la regeneración del género humano.

» Rogamos a Dios nuestro Padre que los bendiga; y nosotros les traeremos el escudo que defiende de toda herida: La paz del corazón. Armas para defenderse: La bondad, la indulgencia y la tolerancia.

» Y estos hombres irán libertando las almas encarnadas, curando las heridas, calmando los sufrimientos. Ellos irán preparando una generación de hombres libres que tendrán por religión a Dios, por freno su conciencia, por ley la caridad, por objeto la perfección.

La maldición, los furores, los odios, no los alcanzarán; porque ellos vendrán a estrellarse contra un invencible obstáculo: ¡nuestra potencia! Nosotros los marcaremos con el sello del Eterno, y serán invulnerables. Estos serán calumniados quizá, pero Cristo lo ha sido antes que ellos, y a Él Será a quién tomarán por modelo, y su sublime doctrina vuelta a su primitiva pureza, e iluminada con la luz de la verdad, será la que propagarán por la tierra. Así, pues, vengo repitiendo al advenimiento del Espiritismo, lo que fue dicho en la cuna del cristianismo. Gloria a Dios en los cielos y paz sobre la tierra a los hombres de buena, voluntad.

» Espíritus, ved lo que se espera de vosotros. Cuando seáis calumniados y puestos en ridículo, levantad los ojos a la patria y pensad que en la morada eterna los más dichosos son aquellos que han sufrido más por la santa causa de que sois vosotros apóstoles.

» ¡Valor, pues, y continuad la tarea!»

MELANCHTON.

(Rayonnements)

¿Qué diremos nosotros después de tan sublimes palabras? Todo es pálido, únicamente aconsejamos a los detractores del Espiritismo que lean y comparen.

Que estudien y juzguen desapasionadamente, sin ensañamiento, sin prevención, y nos atrevemos a asegurar que no habrá un solo hombre, ni uno solo, de medianos conocimientos siquiera, que no encuentre en las teorías espiritistas, argumentos más sólidos y razones más convincentes que le demuestren la justicia de Dios, y le hagan comprender que la filosofía Kardeista es la mejor que se ha publicado en nuestros días: porque no detiene el vuelo de los adelantos humanos, no personaliza a Dios, no lo empequeñece con cultos ridículos. Cree que Dios es el alma del Universo; pero no le hace tomar parte en nuestras pequeñas miserias provocadas casi siempre por nuestros desaciertos.

Creemos, y con nosotros lo creen también muchos hombres pensadores, que la filosofía de Allan Kardec es el libro de los libros.

¿Hay nada más justo que a cada uno según sus obras? ¿Hay nada más grande para el hombre, que deberse a sí propio su progreso?

Rey del mundo llaman al hombre. ¡Pobre monarca ha sido hasta ahora! Será el soberano de los planetas, cuando guarden perfecto equilibrio su sabiduría y su piedad.

El Espiritismo realizará un día esa misión suprema de la ciencia y del amor.

¡El Espiritismo es la base del progreso universal!

1877

A la memoria de un alma buena

Alma buena, noble y pura
que te alejas de mi lado:
¡feliz tú! que ya has dejado
este valle de amargura.

A. D. Y S.

I

¡SUPE, tu muerte!

Quise ver tu envoltura por última vez.

¡Corrí a tu casa! ...

Pregunté por tu cadáver.

No me dejaron verte.

Salí y pensé en ir al templo donde más tarde te tributarían los últimos honores terrenales.

Me arrepentí desistiendo de mi intento.

¿A qué presenciar las farsas sociales, los que llevamos en nuestra bandera el lema sacrosanto?: Todo por la verdad.

Mas reflexioné y dije: él irá al templo a ver su entierro. Saludará a sus amigos. ¡Yo debo estar allí!

Pocas veces nos hablamos en la tierra, pero eres de esos seres simpáticos por excelencia, porque llevas en tu mirada un reflejo del infinito. Felizmente al mirarte, comprendí que eras un alma grande, elevada en toda la acepción de la palabra. Por eso te admiré, y te envidié, porque veía que eres un espíritu superior; ¡y hay tan pocos en la tierra!

Me detuve en mi camino y quedé pensativa. Al fin me dirigí a la iglesia y entré en la casa del Señor. ¡Triste y sombrío aspecto ofrecía el santuario! ¡El pavimento estaba cubierto de paños negros! ¡De las cornisas pendían negros tapices?

¡Los altares parecían sepulcros!

¡El templo se asemejaba a un panteón! ...

Somos enemigos de todo formalismo. Aquel luto pagado nos hacía daño, y sobre todo, para ti, ¡alma sublime! progresiva por esencia, que tu voluntad- facultad la convertiste en potencia del bien.

Todos los templos del universo, cubiertos por un manto de negro terciopelo, no nos parecían bastante tristes, para que aquel luto lo creyéramos digno de ti. Si un planeta debía cubrir con negros crespones sus montes y sus valles, sus bosques y sus lagos, sus aldeas y sus capitales, cuando se ausenta un alma, cuando un espíritu bueno, (como el

tuyo) lo abandona, la tierra enlutada, la tierra envuelta en un negro sudario, nos parecería aun pequeño homenaje para un ser de tu temple y tu valía.

Sentado este principio, figúrate tú, lo que nos parecería aquella iglesia raquílica y mezquina, que vende sus crepones, sus cirios, y sus plegarias...

Los ministros del Señor fueron por tu cadáver, entonando sus cantos ininteligibles.

¡Volvieron con tus restos!

Contemplamos tu caja y nada sentimos, porque estábamos bien seguros que tu vivías: y aún más; teníamos la completa certidumbre que estabas a nuestro lado, sonriendo con triste ironía, al ver como tu familia honraba tu memoria.

Es decir, el mundo creará que honraron tu recuerdo, y lo que honraron fue su vanidad, el qué dirán, porque todos los tuyos bien sabían que tú no aceptabas las farsas sociales, porque adorabas a Dios en espíritu y en verdad.

¡Tú, librepensador!...

¡Tú, deísta sin templos! han cubierto tu cadáver con el antifaz de una religión que tú rechazabas por su formalismo y su agiotaje.

¿Por qué han enmascarado así tu memoria?

¡Miserable sociedad! como os engañáis unos a otros.

¡Qué miedo os tenéis! Sois esclavos de vuestra ignorancia. No tenéis la más leve idea de la vida futura.

Si un alma no contara con más recursos para salvarse que las exequias que la iglesia le consagra, todos los mundos convertidos en infierno, no serían bastantes para albergar a las almas condenadas. ¡Profanación inaudita! ¡Ignorancia execrable! ¡repugnante estupidez! idiotismo completo, es creer que aquellos rezos comprados puedan conquistar el cielo.

¡Alma buena! no sentimos la disgregación de tu materia, lo que sentimos es que tus restos sirvieran para ejecutar con ellos un acto que tu razón repudiaba.

¿No sabían los tuyos que tú eras espiritista?

¿No sabían que los pobres eran tus hermanos?

¿No sabían que tú eras un agente de la Providencia, y que el huérfano y la viuda, el anciano y el inválido, encontraban en ti consuelo, amparo y amor? ¿No sabían que tú practicabas la verdadera caridad, y que nunca el goce de la opulencia te distrajo bastante para dejar de oír los gemidos de los enfermos, consagrando a ellos especialmente una diligencia verdaderamente paternal? ¿Por qué en lugar de conducir tu cuerpo al templo donde te cantaron las plegarias que se cantan a los ricos, no llamaron a los innumerables pobres que de ti recibían el sustento y que te bendecían sin conocerte?... por qué no los llamaron y les dijeron: “¡Venid, desheredados de la tierra! ¡vuestro padre adoptivo ha muerto! ¡rogad por él! ...”

¡Cuántos hubieran acudido! ¡cuántos! ¡Qué hubiera valido la misa de Réquiem de Mozart, y el Stabat-Mater de Pergolesi, en comparación de la ferviente plegaria que hubiesen pronunciado las almas agradecidas de tantos y tantos seres que te debieron el pan del amor!

Cada palabra de una oración dictada por el sentimiento de la gratitud, gana mil mundos de luz para el alma que se va. ¡Los pobres debieron conducir tu caja! ¡Ellos debieron cavar tu fosa! y con sus lágrimas fecundar la tierra que cubriera tus restos, para que brotaran en tu tumba azucenas, lirios y violetas.

¡Alma buena! tú fuiste en la tierra el padre de los pobres! ¿por qué no llamaron a tus hijos?

¡Raza desheredada de la tierra! vístete de luto; has perdido el alma previsor que por ti velaba... ¡Llora, llora! ¡te has quedado huérfana! ¡tu bienhechor, se fue!

Estas quejas lanzábamos en nuestro duelo, cuando un hermano nuestro se concentró, y sirvió de intérprete a un buen espíritu que nos dijo así:

—Amalia; no te inmutes, no te aturdas, no te acobardes, vuelve en ti.

El alma buena por quien lloras, hacía mucho tiempo, mucho, que debía estar en otros lugares, y solo su abnegación le hacía detenerse en la tierra.

¡Bendice a Dios porque le ha devuelta su libertad! Les dices a los pobres que lloren la ausencia de su padre. Explícales cómo deben llorar. Que no lloren egoístamente por que han perdido quién les daba el pan. Que lloren glorificando a Dios, porque ha permitido que un espíritu superior vuelva a su patria. Que lloren melancólicamente porque no lo ven; pero que no lloren con desesperación, que se paren a pensar, que mediten y reflexionen que si aquel espíritu sujeto por la grosera envoltura material supo hacer tanto bien, ¿qué no hará ahora libre de tan penosa carga? ¿Si tanto progresó en la tierra, cuánto más progresará en el infinito?

Tu espíritu débil y enfermo les dice: llorad por un alma que se fue. Las almas de aquel templo no se van, y si se alejan, inspiran a otros espíritus para que sigan la obra comenzada.

Cese tu turbación, Amalia; bendice a Dios porque un buen espíritu dejó de sufrir. Bendícelo, sí; aquel espíritu que vino a este mundo solo para amar, Dios lo ha recompensado hasta tal punto, que al dejar su envoltura no ha tenido turbación alguna, absolutamente ninguna. Ha asistido a su entierro, estuvo en sus funerales, y se acercó a ti cuando entraste en el templo diciéndote:

—«También vienes tu a ver lo que la sociedad hace conmigo! ¡pobre gente, perdónales! no saben más.»

Tú no le oíste, solo tu pensamiento algo presintió. ¡Pobres criaturas! son tan limitadas vuestras facultades, que por eso sufrís tanto, porque no remprendéis nada de lo que pasa en torno vuestro, y gracias que vosotros, los espiritistas, tenéis el consuelo de obtener algunas veces saludables consejos de vuestros hermanos de ultratumba.

Adiós; te repito mi encargo; diles a los pobres que lloren con el llanto de la gratitud, no con el de la desesperación egoísta. La muerte del varón justo no debe ser llorada, sino glorificada y bendecida.

Saludar tiernamente al alma que se va. Resignaos con su ausencia sabiendo que es feliz. No miréis los pequeños horizontes de la tierra. Mirad más lejos, más allá, mucho más allá; acostumbraos a contemplar los espacios y los mundos del infinito, y así tendréis la certidumbre de ver un día al espíritu cuya ausencia os hace derramar mares de llanto.

Adiós, adiós; tened resignación y fe.

II

Esta comunicación nos tranquilizó algún tanto, llevando a nuestra mente su melancólico convencimiento.

Si, sí, es verdad; dice muy bien el espíritu; no debemos ser egoístas; y lo somos, cuando lloramos por que un alma recobra su libertad. Perdona, señor, nuestra flaqueza, perdona nuestra debilidad. Y tú, alma buena, que tanto bien has hecho en este mundo, no nos dejes, quédate entre nosotros por algún tiempo. Difunde tu benéfico fluido sobre los ricos avarientos, para que como tú, practiquen la caridad evangélica.

Sigue tu misión, alma buena; no abandones la tierra, mira que el egoísmo ha metalizado el corazón del hombre. Tú, fuiste para las clases indigentes, un rayo de sol.

¡Rayo divino de caridad, brilla siempre en el zénit del amor, nunca llegues al ocaso de la indiferencia!

¡Irradia siempre; presta tu calor a las almas enfermas que se mueren de frío! ¡Adiós, alma buena! ¿Cuándo te volveremos a ver? ¿Cuándo podremos llegar hasta ti?

Desciende tú más bien hasta nosotros; solo descendiendo tú, nos será dado acercarnos a ti. ¡Bendita sea la hora de tu libertad!

El llanto afluye a nuestros ojos, pero nuestros labios murmuran: ¡Bendita, bendita una y mil veces la misericordia de Dios que le permite a un alma buena regresar a su patria!

Ya era tiempo que volvieras
a tu patria primitiva;
¡bastantes años cautiva
estuviste, alma, aquí!
¡Hora es va, tiende tu vuelo!
¡ay! quién tuviera tus alas...
para contemplar las galas
que en mis sueños entreví!

Perdóname si un momento
pude llorar por tu ausencia,
perdona, sí, mi demencia
y mi triste turbación.
Llorar por ti, alma cristiana,
es cometer un delito;

perdóname, necesito
tu generoso perdón.

¡Querer que aquí en este suelo
tu espíritu se asfixiara...
¡querer que Dios te dejara
donde se duda de él!
¡Imposible! ¡Aquí en la tierra
tu espíritu sucumbía
ante la sociedad impía
desapiadada y cruel!

¡Cómo vivir tú en un mundo
donde el yo es el soberano;
donde no hay padre, ni hermano,
sino inicua vanidad!
¡Donde se pospone todo
al lucro y al egoísmo,
donde el individualismo
divide a la sociedad.

¡Tú vivir aquí! imposible!
me parece que un momento
aspirarás el aliento
de esta lóbrega región.
Mas la expresión de tus ojos
demostraba claramente
que te hallabas impaciente
por salir de tu prisión.

Bendita sea la hora
que se cumplió tu condena!
¡tiende tu vuelo, alma buena,
bastante sufriste aquí? ...
Ve a gozar la recompensa
de tu vida laboriosa;
¡adiós, alma generosa!
los pobres lloran por ti.

1877

¡Inés!

Primera parte

I

En la puerta de una iglesia
estaba una pobre niña,
que poco más, poco menos,
diez y seis años tendría.
Era blanca cual la nieve,
y en su faz descolorida
brillaban sus negros ojos,
cuya mirada sombría
revelaba una existencia
de angustias y de fatigas.
Su boca, nunca entreabierta
estaba por la sonrisa,
sino por un gesto amargo
mirábase contraída.
Sobre su pálida frente
lacios cabellos caían,
de ese rubio amarillento
de las enfermas espigas,
que sin el trigo formado
hacia la tierra se inclinan.
Un traje negro y raído
su débil cuerpo cubría,
su cuerpo, que entumecido
por parálisis nativa,
nunca pudo dar un paso;
solo en sus brazos tenía
movimiento y sensación:
quizá porque en su desdicha
pudiera corresponder
de su madre a las caricias.
Mas ¡ay! su madre murió,
y quedó la pobre niña
sola en el mundo; su padre
a vueltas con la justicia,
para pagar cierta cuenta...
le dio al Estado su vida.
Y su hija quedó en la tierra
devorando su agonía.
Hija del ajusticiado
los vecinos la decían,

y por caridad, se entiende,
caridad especulativa,
a su lado la retuvo
una harapienta familia,
que cuando el fulgor del alba
su tenue luz difundía,
hacían levantar a Inés,
sentábanla en una silla,
dábanle un poco de pan,
entre dos la conducían
y a la puerta de una iglesia
dejaban a la tullida,
volviendo a ver sus ganancias
a hora del medio día.
Sí a Inés la daban poco,
fuertemente la reñían,
diciéndola que ni agua
por inútil merecía,
y entre denuestos y golpes
su miserable comida
terminaba la infeliz,
y la otra mitad del día
pasaba del mismo modo.
Por la noche repetían
la escena de la mañana
llevando a Inés en la silla
hasta llegar al tugurio
que de casa le servía.
Y en un cuarto pestilente
lleno de paja podre:
la echaban el débil cuerpo
de la pobre baldadita,
donde el sueño del hastío
pocas veces la rendía;
sus grandes ojos abiertos
estaban por la vigilia.
Pensaba en su buena madre
veía a su padre en capilla
y por sus labios vagaba
una terrible sonrisa
y proyectos de venganza
en su cerebro bullían.
Y así vio pasar seis años
siempre con su misma vida,
sin murmurar una queja,
sin prodigar sus caricias

a ningún ser; que en el mundo
¡nadie, nadie la quería!

II

Una mañana de estío
junto a, Inés pasó una niña,
que tendría quince abriles
de faz dulce y expresiva.
Un traje color de nieve
de flotante muselina:
dibujaba negligente
su esbelto talle de ninfa;
y de su gentil cabeza
un largo velo pendía
de blanco tul, y en sus sienes
las flores se entretejían
con sus cabellos de oro
de una brillantez magnífica.
Muchas niñas más pequeñas,
pero igualmente vestidas,
pasaron; por que sin duda
a cumplir se dirigían
las alumnas de un colegio
con la comunión bendita.
Ceremonia decantada
que tanto desean las niñas;
(no por recibir a Dios,
que esto no las alucina),
sí no por estrenar galas,
y que las llamen bonitas:
que en la mujer la lisonja
es la mitad de la vida.
La pobre Inés las miraba,
y un relámpago de envidia
dejó en su pálida frente
esas huellas indecisas
de imperceptibles arrugas
que tanto el rostro marchitan.
Tras largo rato, volvieron
a salir todas las niñas,
y como ya venían santas,
(así al menos lo creían),
dieron limosna a las pobres
con desdeñosa sonrisa.
Inés no las pidió nada:
y ya las niñas se iban,
cuando la que entró primero

se volvió, vio a la tullida,
y dejó sobre su falda
una blanca monedita
mirando a la pordiosera
con una pena tan íntima!,
¡con lástima. tan profunda!
que las enmohecidas fibras
de Inés, sintieron tan brusca,
tan violenta sacudida...
que el llanto afluyó a sus ojos;
y enternecida la niña
le dijo: —¿Estás siempre aquí?
En señal afirmativa
Inés movió la cabeza,
que un nudo en su lengua había.
—Pues va te volveré a ver,
por qué ahora vendré aquí a misa;
y dándole un golpecito
con su mano en la mejilla,
se reunió a sus compañeras
tristemente conmovida.
Inés se quedó suspensa:
por vez primera en su vida
desde que perdió a su madre
había oído voz amiga.
Por vez primera el dinero
para ella valor tenía;
y la moneda de plata
que le habla dado la niña,
la puso contra su seno
perfectamente escondida,
para que nadie tocara
aquella herencia bendita
de un alma sensible y buena,
cariñosa y compasiva.
Al día siguiente, sus ojos
siempre con la vista fija,
después de esperar bastante
distinguieron a la niña,
y sus labios se plegaron
con su más dulce sonrisa,
diciendo al verla. — ¡Qué tarde!
creí que ya no vendría.
La niña volvió a mirarla
murmurando. - ¡Pobrecita!
¿cómo te llamas? —Inés. —
—Si!... como yo. - ¡Qué alegría!-

-¿también se llama Usted. Inés?
—Sí mujer; mira que dicha
¡si yo tuviera dinero! ...
todo arreglado estaría
porque me das mucha lástima,
y si llegara a ser rica
ya verías; mientras tanto,
no puedo más, hija mía;
y dos monedas de cobre
le dio a la pobre tullida
diciéndola hasta mañana;
te traeré una golosina.
Dejemos ahora gozar
a la pobre baldadita
pensando en su bienhechora,
y hablemos de aquesta niña.

III

Inés Perez de Guzmán
de muy noble procedencia,
vivía en el mundo rodeada
de una decente miseria.
Sus padres, le habían
dejado sus títulos de nobleza;
y unos parientes ancianos
ampararon su inocencia,
y educaron a la niña
con decoro en su pobreza.
Inés era compasiva,
y tenía un alma tan buena,
que era su mayor placer
el consolar la miseria.
Cuando a la pobre tullida
vio a la puerta de la iglesia
se interesó de tal modo,
y tanto sintió por ella
que hubiera querido ser
la más rica de la tierra.
Su anciana tía, la dejaba
libre en sus nobles tendencias:
y cuando todos los días
iban las dos a la iglesia,
dejaba que Inés hablase
con la niña pordiosera,
que confió a su protectora
los secretos de sus penas;
se estableció entre las dos

tan íntima inteligencia,
que la pobre baldadita
casi venturosa era.
Todos los días, Inés,
con inocente reserva,
sus postres los destinaba
para hacer una obra buena:
por qué se los daba a Inés,
con expansión tan inmensa...
al ver que esta la miraba
agradecida y contenta,
que si la hubiera llevado
a la más hermosa fiesta
no hubiera gozado tanto
aquel alma noble y buena.

IV

Llegó ya el santo de Inés,
y la pobre baldadita,
queriéndole demostrar
cuánto a su amiga quería,
a una de sus compañeras
de angustias y de fatigas,
la dio su único tesoro,
la dio aquella monedita,
que Inés echara en su falda
cuando la vio el primer día.
Diciéndole: —Compra un ramo
de flores, que sean bonitas,
y vas a casa de Inés
y dile de parte mía
que quien la manda esas flores
la quiere más que a su vida.
Cumplió religiosamente
con su encargo la mendiga,
y cuando Inés fue a la iglesia
estaba tan conmovida
que Inés la dio silenciosa
los dulces que la traía
mirándola tiernamente.
¡Cuánto sus ojos decían!...

V

Al día siguiente fue
como de costumbre a misa,
vio con profunda sorpresa

que la pobre baldadita
no estaba allí. —Cosa rara,
exclamó Inés conmovida.
--¡Ay! no señora; no es raro
la contestó una mendiga
¿es que pasan unas cosas? ...
—¿Qué sucede?... diga... diga...
¿dónde está Inés? —Estará...
sabe Dios si en la otra vida,
porque ayer... ¡válgame el cielo!
le dieron una paliza,
esa gente que la tienen
a la infeliz, recogida...
—¡La pegaron! ¿y por qué?
—Porque la pobre tenía
una peseta guardada
que la dio usted., señorita.
Ayer... se la gastó en flores,
y como todo en la vida
se ha de saber, no sé quién
fue a llevarle la noticia
a aquella bruja... ¡que vino!
¡hecha una furia!, ¡una arpía!
y me la puso de golpes,
que intervino la justicia
y al hospital la llevaron
a la infeliz Inesilla.
Que, si se ven unas cosas...
¡si no hay más que picardías!
¡pobrecita! ¡No era dueña...!
ni del agua que bebía!
Inés lloraba en silencio,
y al verla su tía afligida
la dijo... No, no te apures;
si aún la pobre tiene vida,
yo te juro por mi nombre
que acabaron sus desdichas.
Vámonos al hospital:
y marcháronse en seguida;
llegaron al santo asilo
y con profunda alegría
estrecharon en sus brazos
a la pobre baldadita;
que al ver a Inés, exclamó;
ya puedo morir tranquila.
¡Hay escenas en el mundo
que se sienten, no se pintan!

Cómo pintar los transportes
de esta suprema entrevista
en que dos almas de fuego
dando a raudales la vida,
sus hermosos sentimientos
en uno solo fundían?
¡el pincel sería inexacto!
¡y la palabra es tan fría!
¡Inés parecía un cadáver!
Y sobre su frente lívida
había trazado una fiera
manchas negras y rojizas.
¡Estaba desencajada!
la fiebre la consumía;
y los médicos dijeron
que terminaba su vida.
Que su organismo rendido
de tanta y tanta fatiga,
no podía resistir
aquella lucha continua,
pero que harían lo posible
por salvarla si podían.
Y todos rivalizaron
por aliviar a la niña;
ésta, aunque con mucha fiebre
la cabeza la tenía
en buen estado, y a Inés
preguntaba: —¿son bonitas
las llores? no las he visto.
—¿El verlas te alegraría?
—Si las pudieran traer...
—Sí; las traerán enseguida.
Y poco después, el ramo
de historia tan peregrina
le fue presentado a Inés,
que lloraba conmovida,
diciendo ¡qué hermoso es!
mi querida monedita
ha sido bien empleada:
¡guárdalo en memoria mía!
Y alzando al cielo los ojos
teniendo de Inés cogidas
las manos, sin fatigarse:
cuando la sombra indecisa
una parte de la tierra
con negro manto cubría;
fue su espíritu dejando

la envoltura de la niña.
A las doce de la noche
Inés se quedó dormida;
y la que vivió muriendo
se murió sin agonía.
En una caja de sándalo
el cadáver de la niña
fue guardado, revestido
con la túnica sencilla
con que Inés fue a comulgar
por vez primera en su vida
que fue cuando conoció
a la pobre baldadita.
La iglesia elevó sus preces,
lloró la gente sencilla,
y acompañaron su entierro
la caterva de mendigas
que a la puerta de la iglesia
con la pobre jovencita
habían visto sus tormentos
tomando parte en su vida.
Inés pasó mucho tiempo
sin que la melancolía
abandonara su mente;
tristemente reflexiva:
a veces miraba el ramo
y amargamente decía;
¡quién dirá al ver estas flores
tan mustias y tan marchitas,
que su hermosura costó
a un ser infeliz la vida!
¡Pobre Inés! ¡pobre alma buena!
¿dónde estás? ¿duermes tranquila?
y cuando esto preguntaba
se quedaba Inés dormida,
y soñaba con Inés,
y al despertarse decía:
¡Señor! ¡lo que son los sueños! ...
¡he visto a Inés! ¡pobrecita!
pero no como en la tierra
no está sentada en la silla.
¡Ay! tía! si me da miedo:
me parece que está viva;
aún con los ojos abiertos...
¡creo verla!... ¡Virgen María!
¿si nos pedirá oraciones?
y aquellas almas sencillas,

se postraban, y rezaban
por la pobre baldadita.

Segunda parte

I

Siete años han transcurrido;
de los conocidos nuestros
muchos dejaron la tierra,
ya supieron lo que hicieron,
Inés Perez de Guzman
por su mal perdió a sus deudos,
que la dejaron blasones
y bastantes muebles viejos.
La niña es ya una mujer
de porte dulce y modesto:
trabaja para vivir,
y va cual muchos viviendo,
soñando con ser dichosa
sin poder llegar a serlo:
pero al fin, compadecido
de sus desgracias el cielo,
interpuso en su camino
a un arrogante mancebo,
con una buena fortuna
y con muy buenos deseos,
puesto que a Inés la ofreció
darle su nombre al momento,
y un amor... ¡inextinguible!...
¡Ahí es nada en estos tiempos!
Inés aceptó gozosa
sus amantes sentimientos;
se arreglaron los papeles
y todo estaba dispuesto;
cuando una mañana hablando
qué harían de los trastos viejos,
le dijo él:—Lo mejor
será llamar a un prendero,
que yo no quiero en mi casa
antiguallas y adefesios.
—¡Ah! no; pues yo, dijo Inés,
de todos no me desprendo,
porque estos muebles algunos...
los usaron mis abuelos.
Todos tenemos manías,
la mía son los recuerdos.
—Te entiendo, le dijo él

en tono alegre y chancero;
con achaque de los muebles
de tus amores primeros,
querrás conservar sin duda
las monadas y embelesos
que tendrás muy guardaditos
quizá en sus triples secretos.
—¿Sabes que eres mal pensado?
le dijo Inés sonriendo.
—No es por eso, te lo juro;
en mí no hallarás misterios,
tú eres mi primer amor,
de nadie tengo recuerdos.
—¿Sí?... pues veamos, veamos.
—Mira, el armario está abierto,
la cómoda, el neceser.
Principia a mirar, Ernesto.
—¿Oh! sí, sí que miraré.
Y tranquilo y satisfecho
lo fue revolviendo todo
como un chiquillo travieso.
Ya se acababa el examen
cuando un cofrecito abriendo
vio un ramo de flores secas.
—Ten mucho cuidado, Ernesto,
dijo Inés, porque al tocarlas,
se las va a llevar el viento.
-Y es lástima, ¿no es verdad?...
(exclamó frunciendo el ceño.)
¿Eras tú la que decías...
no tengo ningún recuerdo? ...
—De hombre ninguno.
—Mentira.
¿Y las flores que estoy viendo?
—Esas flores, son de un ángel
que hace tiempo se fue al cielo.
Son de una niña mendiga.
—Inés, no creo en los cuentos,
pero por ser tú quién eres,
el relato del suceso
escucharé, vamos, habla,
no me gusta perder tiempo.
Inés refirió la historia
y su conmovido acento
daba celos a su amante
que de todo tenía celos.
—Será verdad cuanto dices,

dijo él con tono serio,
pero, para estar tranquilo,
que tires las flores quiero.
—¿Tirar las flores? ¡jamás!
Fuera hacer un sacrilegio
y para mí es muy sagrado
el recuerdo de los muertos.
—Tú has de vivir con los vivos.
Dame ese gusto.
—No, Ernesto,
yo no mancho con un crimen
el altar del himeneo.
¿Cómo quieres que yo olvide
aquel inocente afecto?
Este ramo representa
un sacrificio supremo.
Un ser que nada tenía,
esclavizado y hambriento,
supo guardar su tesoro...
para ofrecerme un recuerdo;
ofrenda que le costó
a la infeliz el tormento,
creyéndose venturosa
porque se murió en mi seno.
¡Ah! no, para mí es sagrado
de una mártir el recuerdo.
—Pues si para ti lo es...
yo esas flores no las quiero.
O las tiras... o si no....
—No prosigas más, Ernesto;
quédate con tu fortuna,
y tu carácter violento:
que a mí me quedará Dios
y el recuerdo de los muertos.
Y volviéndole la espalda
se dirigió a otro aposento,
llevándose el cofrecito
temerosa de que Ernesto,
en su celoso arrebató
pedazos lo hubiera hecho.
Él, que ya se conocía,
de sí mismo tuvo miedo;
y se lanzó a la escalera
y se fue a la calle huyendo,
renegando de su suerte
cuanto puede un hombre hacerlo.
Se fue volando a su casa,

y cerrando con estruendo
de su aposento la puerta
se echó a llorar sin consuelo,
al mirar desvanecida
la ventura de su sueño.
¡Él quería á Inés; la quería!
¡estaba por ella ciego?...
y tenía celos... ¡de todo!
¡y es tan malo tener celos!
—¡Volveré a verla! decía;
¡vivir sin ella, no puedo!...
¿pero...y si el ramo es de un hombre?
¡fementida! no; no vuelvo.
Que vaya a engallar a otro
¿y si es cierto tal suceso?
mi alma la diera al diablo
solamente por saberlo.
—Lo sabrás sin que a Satán
le des el alma ni el cuerpo.
—¡Vive Dios! ¿qué es lo que pasa?
¿quién responde a mi deseo?
yo nunca creí en los duendes
pero he escuchado un acento
y por Dios, que si es de un vivo
ha de quedar aquí muerto.
Y registró atolondrado
su extenso departamento,
diciendo con extrañeza,
pues señor, duendes tenemos.
Mas aquel que a nada teme
no le arredrarán los muertos;
que vengan pues los que quieran
que tranquilo los espero.
—Mientes, que no estás tranquilo.
—¡Que no estoy! le dijo Ernesto
(temblando como las hojas
que secas arrastra el viento.)
—Yo no he hecho mal a nadie.
—Es verdad; tú eres muy bueno
—¿Según eso me conoces? ...
(replicó él con más aliento).
—Y tanto que te conozco.
Por eso tanto te quiero,
y voy a hacer por tu bien
mucho más de lo que debo,
pero me has de prometer
estar tranquilo y sereno.

Que las almas de otro mundo
cuando bajan a ese suelo
tienen que ser recibidas
con santo recogimiento,
para cumplir su misión,
que es difundir el consuelo,
no temas, nada te ofusque.
—Estar tranquilo prometo,
contestó el joven; en tanto
que murmuraba muy quedo
la oración que cuando niño
le hacían rezar por los muertos.
Una luz vaga y perdida
vio que rodeaba su lecho,
y una nubecita blanca
se fue condensando en medio:
y se formó una figura
ante la cual sintió miedo.
Mas de pronto lanzó un grito
diciendo:—¿Qué es lo que veo?...
¡es la pobre baldadita!...
¡perdóname Dios eterno!
y llorando como un niño
se adelantó hasta su lecho,
y vio a Inés que agonizaba
que sus manos extendiendo
en ademán suplicante
le dijo con dulce acento.
—Deja que un ángel conserve
el recuerdo de los muertos;
Dios permite que me veas
para que no tengas celos,
¡mírame bien! ¡Soy Inés!
que por tu ventura velo
—¿Pero estás muerta?
—Sí, muerta;
dejé ese mundo hace tiempo;
pero cuando hay en la tierra
quien ame nuestro recuerdo;
para dar paz a los vivos,
dejan su tumba los muertos.
Y lentamente se fue
la visión desvaneciendo,
y Ernesto cayó de hinojos;
que para él era su lecho
un altar donde había visto
el amor del Ser Supremo,

y rápido cual la flecha,
y más veloz que el deseo,
fue a ver a Inés exclamando
en cuanto la vio:—Te creo!...
¡yo la he visto! ¡yo la he visto!
—Está loco... ¡Dios eterno!
exclamó Inés sollozando.
—No estoy loco, ángel del cielo;
¡loco estaba al no creerte!
¡perdóname, tenía celos!
y con voz entrecortada
refirió a Inés el suceso,
que ésta lo escuchó temblando
exclamando: Ahora recuerdo
que muchas veces la he visto
y me daba tanto miedo...
que yo rezaba, rezaba,
mas, benditos sean los muertos
qué a ellos deberé en la tierra
la ventura de los cielos.

II

Ocho días después, Inés,
acompañada de Ernesto,
en la iglesia donde había
conocido en otro tiempo
a la pobre baldadita,
y en la cual ella había
hecho su primera comunión,
se unió con lazos eternos
al hombre que la adoraba
y que ella amaba en extremo.
Terminó la ceremonia
y antes de salir del templo
rezaron ambos esposos
dándole gracias al cielo,
y los dos vieron a Inés
que los miraba sonriendo,
reflejándose en su rostro
tan amante sentimiento!
ternura tan expresiva!
¡y cariño tan inmenso! ...
que Inés dijo a su marido:
¡Ahora ya no me da miedo!
—Ni a mí tampoco, te juro
que quiero mucho a los muertos;

porque he debido a una muerte
unirme a ti, ángel del cielo.

III

Han pasado algunos años.
Inés, siempre reflexiva,
ha querido averiguar
el por qué la baldadita
tuvo poder suficiente
para darle en esta vida
toda la felicidad
a que la mujer aspira:
que es unirse a un alma buena
que la quiera y la bendiga.
Ernesto aún más afanoso
muchas veces se decía:
aquí hay algo, estoy seguro
y la causa que motiva
este efecto, saber quiero:
y preguntaba, inquiría
y al fin encontró a un amigo
muy dado a historias antiguas
que al escuchar su relato
le dijo con alegría,
—hombre, hallé lo que buscaba
la verdad pura y sencilla,
hace muchos años, muchos,
que en mis largas correrías
me hablaron de Espiritismo,
y que las almas venían,
a contarles a los suyos
asombrosas maravillas:
yo me dije, podrá ser,
y desde entonces, la pista
le seguí al Espiritismo;
pero jamás, en mi vida
me he convencido bastante,
más hoy, te digo a fe mía,
que la aparición de Inés
en la verdad me confirma,
y juntos estudiaremos,
y el gran punto de partida
tal vez hallemos, y entonces
sabremos lo que es justicia.

IV

Así fue, perseverantes
sus estudios prosiguieron,
y alcanzaron lo que alcanzan
los que estudian con acierto:
convicción clara y profunda,
que no hay causa sin efecto;
y que la supervivencia
es el alma de los muertos.
Serias comunicaciones
ambos amigos tuvieron,
y cuando Inés poco a poco
fue sus temores perdiendo,
a su inolvidable Inés,
aquella cuyo recuerdo
no borraba de su mente
ni sus amores, ni el tiempo;
la evocó, vino el espíritu
de la que vivió muriendo,
y les dijo estas palabras
con melancólico acento.

V

«Es la caridad en la tierra
la flor de la siempreviva
que no se marchita nunca,
que dura más que la vida.
Una limosna me distes,
una blanca monedita
que yo, convirtiendo en flores,
te ofrecí con alegría,
como recuerdo amoroso
de la pobre baldadita,
si vieras cuanto gocé! ...
yo que nada poseía...
pude decir un instante
es mi voluntad cumplida!
pudiéndote demostrar
lo mucho que te quería.
Pude morir en tus brazos,
logré alcanzar esa dicha
a costa de una existencia
que fue una lenta agonía.
Siempre he seguido a tu lado,
siempre te serví de egida,
por eso cuando tu esposo
por su ceguedad sufría,
pedí materializarme

y presentarme a su vista
y Dios accedió a mis ruegos
porque tú el bien merecías.
Si Dios lo permite, Inés,
me servirás de cronista
y escribirás las memorias
de la pobre baldadita.
De un espíritu rebelde
que duras alternativas
ha sufrido por su causa;
sí, Inés, la pobre tullida
a quién tu dabas tus postres
con ternura tan solícita,
más de una vez en la tierra
se sentó en dorada silla;
más de una vez desde un trono
lanzó su mirada altiva,
y estos espíritus fieros
sabes lo que necesitan?
¡ternura! ¡mucho ternura! ...
Cuando al mendigo le tiran
el pan, siempre se rebela;
en cambio, si una sonrisa
le dirigen con cariño
cual me dirigiste un día,
su corazón se dilata,
su fiereza se suaviza
por que el desprecio sin tregua,
tú no sabes lo que asfixia!
Por eso la humanidad
tiene obligación precisa
de ser con el pobre humilde,
cariñosa y compasiva.
Siquiera, porque no sabe
si alguno de su familia,
viene a pedir a su puerta
por Dios, una limosnita.
Adiós, Inés, alma buena,
elevada y progresiva,
no sabes el bien que hiciste
a la pobre baldadita
y como yo te bendigo,
que Dios también te bendiga!»

VI

¡Bien haya el Espiritismo!
se acabaron los misterios,

las dudas y los temores
el problema está resuelto,
nuestros hijos, nuestros padres,
nuestros hermanos y deudos
todos viven, todos aman! ...
y nos guardan un recuerdo.
¡Cantemos himnos de gloria!
demostramos gracias al Eterno
y digamos a los hombres
que despierten de su sueño,
que estudien y que adelanten
en la senda del progreso,
y así se convencerán
que resucitan los muertos:
y vivirán más tranquilos,
se encontrarán más contentos;
se siente un placer tan grande,
tan profundo, tan inmenso!
cuando escuchamos las voces
de los que en el mundo fueron!
vemos los depositarios
de sus íntimos secretos,
compartir sus alegrías,
aliviar sus sufrimientos,
seguir amando y la tierra,
confundirla con el cielo!
¡Oh! ¡cuán hermosa es la vida!
es causa de eterno efecto,
y ese efecto es el amor,
y ese amor es el progreso!
Es la íntima relación
de los vivos con los muertos!

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
Algo sin nombre..	5
A un alma buena.	10
La Religión de Cristo.	13
El cielo del Espiritismo.	17
Los ídolos.	21
La esclavitud.	27
El Evangelio.	30
¿Qué pasa en mi mente?.	34
La indiferencia.	38
La felicidad.	41
La voz del Espiritismo	46
Gemidos y plegarias.	50
Si no se gana no se obtiene.	54
Confidencias.	66
Un recuerdo.	83
La voz del progreso.	85
Impresiones de viaje.	93
Al Planeta Tierra.	103
La instrucción.	116
A la memoria de Allan Kardec.	127
A Francia	134
Confidencias.	136
A los buenos espíritus	149
El Espiritismo.	163
A la memoria de un alma buena.	177
¡Inés!	189

